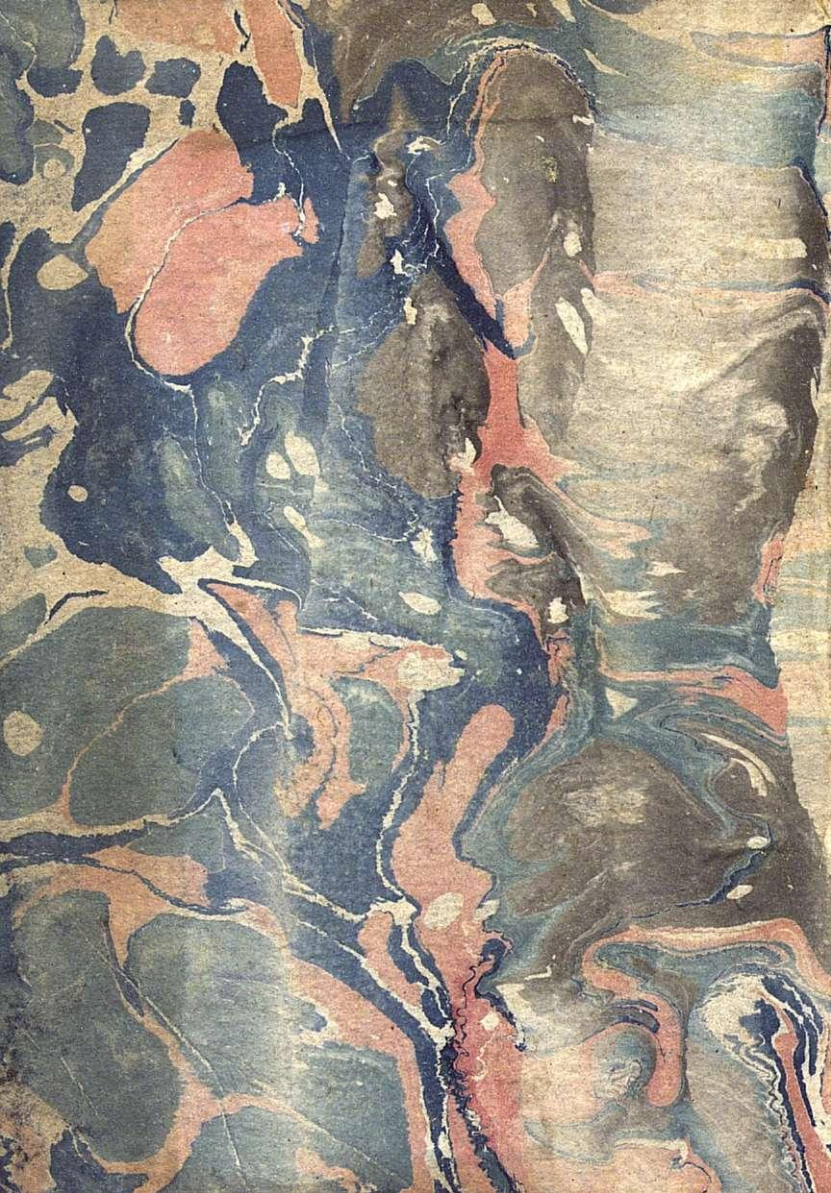




18





J. L. ESTRADA

La Poderosa Chemis,

6

LOS REMORDIMIENTOS

de los malvados.

OBRA ESCRITA

POR MONSIEUR DAVID,

y traducida y aumentada

por Don Basilio S. Castellanos

y Don Julian Anento.

~~~~~

TOMO I.

~~~~~

MADRID:

Imprenta de D. RAMON VERGES: calle de la Grèda.

Noviembre de 1830.

BIBLIOTECA UNIVERSIDAD DE MALAGA



6104488251

*Dioses á quien la suerte dió el gobierno
De las almas, y vos, ó sombras mudas,
Tú, Cháos, tú, Phlegeton, vos, ó infernales
Playas, donde siempre hay silencio eterno,
Dadme licencia de decir lo oído;
Tened por bien que dé noticia al mundo
De lo que el centro de la tierra encierra,
Y oscuridad de eterna noche esconde.*

ENEIDA DE VIRG. LIB. VI.



NOTA.

*Los ejemplares que no lleven la contraseña de
los traductores serán denunciados ante la ley.*

AL ILLMO. SEÑOR

D. FRANCISCO FERNANDEZ DEL PINO,
DEL CONSEJO Y CÁMARA DE S. M. EN EL REAL
Y SUPREMO DE CASTILLA, GOBERNADOR DE LA
SALA DE SEÑORES ALCALDES DE CASA Y COR-
TE, CABALLERO DE LA REAL Y DISTINGUIDA
ORDEN DE CARLOS III, COMENDADOR DE LA
LEGION DE HONOR DE FRANCIA, CABALLERO
MAESTRANTE DE LA REAL DE GRANADA, Y
REGIDOR PERPETUO DE LA CIUDAD DE ANTE-
QUERA, &c. &c.

*Ofrecen esta corta prueba de su
afecto y aprecio*

Los Traductores.

LOS TRADUCTORES.



Un acaso imprevisto trajo á nuestras manos el original frances de la presente obra ; desde su lectura concebimos el proyecto de su traduccion, pues nos pareció seria útil á nuestros compatriotas. Las máximas de que se halla adornada son sublimes y religiosas, y capaces de aterrar á los culpables y temerarios, haciéndoles separar del camino tortuoso por donde se dirigen, ra hacerles tomar con su enmienda y arrepentimiento la gloriosa senda de la virtud ; y al mismo tiempo detener á los au-

daces, que ciegos por sus malignas pasiones, se preparan temerariamente á caer en el horrendo precipicio del vicio. La mayor parte de los sucesos de que hace mencion son sacados de la historia de las naciones, en los cuales la verdad es el agente principal. Si alcanzamos el objeto que nos hemos prometido, que es el de corregir con el espejo reflejante de los crímenes los defectos, maldades, y perniciosas ideas de que se suelen cubrir los corazones de nuestros semejantes, recibiremos el placer que es propio y natural á los que han contribuido á una accion benéfica. *Vale.*



HISTORIA

DE THEMIS.

Esta diosa fue hija de Caelus y esposa de Júpiter: sus hijos son la Ley, la Paz, y Astrea: se representa á Themis teniendo en la mano derecha una espada para perseguir y castigar, y en la izquierda un peso para medir las acciones de los mortales, y los ojos vendados, para no hacer nada contrario á su principio. El peso dicho fue colo-

cado en el cielo , y forma el balance, uno de los signos del zodiaco. Es la diosa que preside á la justicia.

Astrea , su hija , es tambien la Diosa de la justicia , y se la presenta con los mismos atributos. Durante el siglo de oro vivió en la tierra ; pero horrorizada despues de las maldades de los hombres , huyó á los cielos , y alli fue colocada en el zodiaco , formando el signo llamado Virgo.



INTRODUCCION.



No es mi intencion en la presente obra la de especular por un vil interes, imitando un triste y sepulcral romance; ni menos tomar en pluma la historia de ciertos personajes para formarnos una vana y ridícula reputacion. Un sentimiento mas noble me ha animado é inspirado; tal es una sana moral. Toda especie de alegoría no puede menos de ser aplaudida en el momento que tiende á fijar el pensamiento del hombre sobre los buenos principios. Frecuentemente al traves de los rayos, al resplandor de los relámpagos, en una violenta tempestad, el viajero aterrado reconoce su ruta, y evita los peligros que podian precipitarle; y del mismo modo, á la luz de mis fúnebres antorchas, y al aspecto de mis avisos, un corazon corrompido que se halle al bor-

de del abismo; puede tal vez arrepentirse y enmendarse, haciéndose aplicacion de los ejemplos que ofrecen mis novelas históricas. Únicamente con este objeto he concebido el plan de la presente obra: me ha parecido igualmente que en un siglo en que las revoluciones han acostumbrado los espíritus á terribles conmociones, seria inútil presentar las ventajas de la virtud bajo formas comunes y poco enérgicas; por lo que, toquemos con vigor las fibras mas delicadas del corazon y de las facultades intelectuales; sometamos la conciencia á terribles pruebas; y ya que no sea posible sustraer á los hombres de la criminalidad, al menos infundamos en sus almas el saludable bálsamo de la reflexion, la sana influencia del arrepentimiento, é inspirémosles la firme resolucion de constituirse hombres de bien, espiando con algunos años de enmienda los errores de la inconsiderada juventud.

La clase de moral que adopto, aunque parezca chocante á aquellos hombres pagados de sus ideas y propio mérito, me parece tiene alguna superioridad sobre las vulgares teorías, pues une fuerte-

mente al interés de los principios , el que inspira el espectáculo del crimen puesto en ejecución : por ejemplo , ¿ que hombre homicida podrá leer sin estremecerse por sí mismo *las consecuencias del crimen?* ¿ que muger adúltera , por obcecada que se halle en su prosperidad y en las gracias de su juventud , fijará impunemente su vista sobre *el Mauseolo del amor?* Precisamente los remordimientos turbarán su alma ; estamparán en su frente el disgusto ; sus ojos se poseerán de la tristeza ; el placer perderá para ella los bellos y lisonjeros atractivos , y hasta en los brazos de su delincuente amante conducirá la punta acerada de nuestras alegorías.

Por este medio trato de reproducir algún bien , llamando en favor mio fuertes ejemplos capaces de despertar la adormecida conciencia de un culpable , é incitarle á abjurar sus delitos ante la presencia de un Dios justiciero , practicando religiosas compensaciones. Mi plan es algo mas que interesante. Convento así mismo en que para bien pintar los furores de Orestes , seria necesaria la lira de un Homero ; pero como mis trágicas his-

torías no se elevan al estilo de un poema épico, me lisonjeo con la esperanza de causar algunos avisos saludables en los corazones dispuestos á regenerarse con una piadosa conversión; y ya que no tenga la satisfacción de obtener estos felices resultados, al menos gozaré del honor de haberlo emprendido.

En la tenebrosa noche de lo pasado, y en la serie de eslabones de una larga cadena de siglos, la historia, aun la mas remota, no podrá menos de referir con un horroroso y sangriento discurso el hecho del parricida Orestes, manchado con la sangre de su madre Clitemnestra. En los tiempos mas memorables, en la misma cuna de la Grecia naciente se hace referencia del homicida como de un objeto infernal, anatematizado de cielo y tierra, y destinado al alimento de los buitres. Aquí las Danades son condenadas á un inmortal suplicio: allí, bajo el cielo del Asia, Alejandro se mira inconsolable del asesinato de Clito, y las pruebas de su dolor le conducen hasta la demencia. Si recuerdo épocas menos lejanas, Tiberio, el impio Tiberio, huye precipitadamente

XIII

á la isla de Capré, para sustraerse de los remordimientos de su conciencia; y el fratricida Rómulo edifica templos á la piedad, para destruir de esta manera el cadalso que habia erigido en su corazon el pesar de su atentado.

Por todas partes, ya en la antigüedad, ya en los siglos modernos, la justicia divina subyuga al criminal; y el hombre culpable jamas camina sin ser acompañado de su tribunal y de su verdugo. En vano un monarca inicuo arma su diestra con el soberano cetro, y trata de disfrazar con los sofismas de la política los motivos y el horror de una sangre injustamente derramada; esta sangre pura, esta sangre inocente destila sobre su cabeza en ardientes gotas; constituye su diadema en un fardo insoportable, formando con sus inquietudes roedoras una corona de espinas que abrumba su frente. Así que nada puede escapar á la divina penetracion, que se hace conocer en el corazon del hombre, dejándole árbitro de su suerte virtuosa ó criminal. Los tronos mas poderosos de la tierra jamas han podido destruir el inexpugnable imperio de la

conciencia ; los ejemplos no vienen á mi pluma por capricho , á fin de asegurar mis aserciones. Mirad á Carlos IX , de infame memoria , jugando al ajedrez con uno de sus cortesanos , que se le figura en su aterrada imaginacion que ve gotas de sangre sobre el marmol de la mesa, y se apresura inútilmente á quitarlas con el pañuelo. Estas manchas (á sus ojos turbados de remordimientos) vuelven á aparecer , é infunden el castigo del crimen en su cuerpo convulsivo. Si desde este tiempo tan memorable pasamos á los felices siglos de Roma , repararemos al odioso Claudio , asesino de su primera muger Mesalina , que no cesa de nombrarla , invocándola en el delirio de su pesadilla. Si desde estos hechos históricos acaecidos en la grandeza humana , en cuyo estado el hombre cubierto de la púrpura parece acalla los gritos de la conciencia , aturdido con el esplendor de su poder , y fuera de la fuerza de las leyes , descendemos nuestro pensamiento al vulgo , examinaremos la sociedad , no asi como el gran cómico Moliere , sino como lo practicaba el misantropo Gilbert , ó el

satírico Boileau, analizando los vicios de los mortales, no acabariamos de asombrarnos de sus acciones: por ejemplo; ¿que dirias, lector, de aquel gran señor en Dresde, que habiendo envenenado á su esposa mas de treinta años hacia, sucumbe al peso de sus remordimientos, buscando analogías acusadoras con cierta pieza trágica, y se denuncia á los tribunales, prefiriendo morir bajo la cuchilla de Themis á vivir en eterna tortura, pidiendo la muerte de la ignominia como un beneficio? ¡Ah! la inocencia ha sido y es alguna que otra vez víctima; pero el triunfo del remordimiento siempre es infalible, y jamas la conciencia admite proscripción por ningun delito.

Por último, despues de esta rápida ojeada sobre verdades eternas, voy á dar principio á mi atrevido designio; á tocar al criminal entre sus falsas propiedades; á emponzoñar sus dias alegres con la abundancia del oro, con sombrías inquietudes, y á sembrar el disgusto en su opípara mesa, y en la alcoba de sus torpes deleites, á fin de vengar al hombre de bien, que algunas veces gime fatigado de

XVI

su inútil trabajo. Quiera Dios que estas historias consigan este primer objeto; y si ellas infunden un precioso germen de pesar en los corazones depravados, me creere elevado al mas eminente puesto de los que en el parnaso ocupan los útiles escritores.

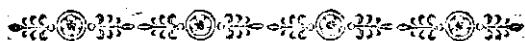


ÍNDICE

DE LO CONTENIDO EN ESTE TOMO I.

INTRODUCCION.	pág. 9
<i>La consecuencia del crimen.</i>	17
<i>El mauscolo del amor.</i>	63
<i>El espectro vengador.</i>	116
<i>Los efectos de la inconstancia</i> (original del traductor don Basilio Castellanos)	149
<i>Conclusion del autor.</i>	196

Las notas se incluirán al final de la obra.



LA CONSECUENCIA
DEL CRIMEN

6

*Los remordimientos de la conciencia
de un asesino.*

NOVELA ESPAÑOLA.

No hay descanso ni dulce sueño para el asesino: el día y la noche se unen para atormentarle; sobre el trono bajo techos dorados, y en la cabaña el terror sigue todos sus pasos, y envenena su opulencia y sus placeres; le persigue hasta en los brazos de la voluptad, y á sus ojos reviste los objetos mas alhagüenos, con los colores de sangre y luto. El le-

Tomo I. 2

cho mas suntuoso no es para el asesino sino un horrible cadahalso en el que él mismo afila el hacha vengadora. Apenas la naturaleza, agoviada de fatigas continuas y de remordimientos, se entrega al sueño para oscurecer por algunos momentos la memoria desoladora de un delito, cuando una multitud de sueños funestos, tomando la figura de la víctima, gravitan simultáneamente sobre el tímido espíritu del culpable, se adhieren á su corazon como un fuego devorador, ayudados de furias infernales, y de la fantasma de los remordimientos, hieren con mil puntas aguzadas el corazon de un delincuente, constituyéndole inventor y actor de cien monstruos imaginarios, que no se desvanecen cuando despierta sino para entregarle aun á tormentos mas atroces que le esperan despues de levantarse.

Tal era el prolongado suplicio de don Carlos, duque de Balsamira, uno de los mas poderosos señores de la corte en Madrid... Joven bien formado, dotado de la mas interesante y noble presencia, querido del príncipe, solicitado de las bellas,

esposo de una muger amable, padre de hermosos hijos, poseedor de muchas fincas, de un palacio en la capital, de heredades magnificas en Aranjuez (!), no obstante, don Carlos no conocía la felicidad, ¡qué digo! su vida no era sino una larga cadena de tormentos. La mesa, el placer, la caza, los teatros, el goce de las mas agraciadas mugeres, el estudio, ó la disipacion, nada podia minorar sus sufrimientos; en vano prueba dejarse llevar de las apariencias seductoras del vicio: inútilmente por un sentimiento contrario se arroja desesperado á los brazos de la virtud y la religion... Todo le rechaza, y no se verifica que salga la aurora, sin mostrarle un horizonte sombrío y doleroso. “¡Oh suerte fatal, oh »noche horrorosa, en que vi mancharse mis manos en la sangre de una criatura, pérdida, es verdad, pero no »meceadora de esta suerte!... ¿Por qué »no puedo arrancarte de mi memoria, »y borrarle de la serie inmensa de las »horas?” esclamaba á cada instante don Carlos.

Despues de estas consideraciones de

verdad indisputable sobre la situación de un criminal, apesuremos á esponer los hechos de que preceden , en atención á nuestro héroe , y volvamos á los primeros años de su juventud.

Don Carlos, único heredero, y dueño de una fortuna considerable desde la edad de 24 años , tenia proyectado correr y conocer la Europa. Fue á la corte una mañana al levantarse el príncipe , y le pidió su consentimiento para esta empresa. El rey la aprobó , pero á imitación de un Czar de Rusia , tomando una hoja de papel blanco : "Veis esta hoja intacta, joven, le dijo, nada ha alterado » aun su pureza, ni su blancura; de este » modo partis de la península, así es necesario volvais." Despues, entrándose á formar algunos dobleces irregulares con esta misma hoja , "ahora , continuó » con su alegoría, ved aquí los caracteres indelebles del vicio, nada puede destruirlos : sed la hoja pura , don Carlos, » y ningun doblez de que debais ruborizaros desdore á vuestro regreso vuestras » apreciables cualidades." El duque se enterneció hasta el extremo de llorar , con

este ingenioso apólogo, y sintió redoblar con su afición á la virtud su amor á un soberano, que se dignaba demostrarle un interés tan lisonjero: las bellezas de Madrid (2), las herederas opulentas que justamente podían pretender su alianza no le vieron marchar sin mucho sentimiento. El duque era uno de los caballeros más amables de la corte; su espíritu superior, sus gracias, su dignidad sin orgullo, su filosofía sin irreligión, su generosidad sin charlatanismo, y cierto viso de dulce melancolía, que moderaba la brillantez de sus agradables atractivos.... todas estas ventajas no eran reconocidas por las bellezas de la capital, sin que concibiese una secreta inquietud al verlas pasar á la posesión de una rival extranjera. Tal era el temor de las damas de la corte, y en particular de doña Fernanda Monte-Pardo, que tenía una violenta pasión por el duque.

Entre un gran número de preceptores y maestros de toda clase que había tenido don Carlos en su infancia, su afición y reconocimiento habían distinguido á dos de un mérito igual en talen-

to , pero de caracter , y principios muy diferentes. El primero , don Pedro Jimenez , de edad de cuarenta y tantos años , de un entendimiento justo sin pedantería , de unas costumbres puras sin austeridad , no conocia otro camino para la verdadera felicidad , que los licitos placeres de la virtud ; era otro Burrhus (3) , cerca de otro Neron , virtuoso aun cuando subió al trono. El segundo , don Antonio Montero , jóven de 27 años , sofista ingenioso , talento seductor , materialista profundo , al mismo tiempo algo ateo ; ambicioso , sujetando el vicio y la voluptad á principios en cierto modo geométricos , satirizando la sabiduría como perfecto libertino , y semejante á una reptil oruga , que marchita las flores y frutos que envenecen con su aguijon impuro. Montero prodigaba á manos llenas el chiste de sarcasmo y estravagancia bajo las mas sagradas verdades , posicion delicada y bien peligrosa para don Carlos , quien igualmente distante de la virtud y del vicio , dependia su suerte de la preferencia que conceda su corazon á uno de dos personajes tan diferentes.

La rectitud de su juicio no le privaba de conocer la superioridad del mérito de don Pedro, que juzgaba siempre á los hombres por las acciones, y no por la apariencia de sus discursos, y estaba convencido en lo interior de su alma de que don Antonio tenia mas influencia sobre su inclinacion que sobre su estimacion. Pero la uniformidad, esta atraccion poderosa de la juventud por el deleite, el encargo sagrado que le habia hecho su padre á la hora de morir, de asegurarle despues de su vida una fortuna ventajosa á este director en proporcion al distinguido servicio que habia hecho al difunto duque, salvándole la vida con peligro de la suya en una corrida de toros; todos estos motivos, en union con su secreta inclinacion, le imponian la imperiosa ley de no alejar de sí á un hombre, que con un contrario proceder hubiera podido con justa razon culparle de ingrato. La envidiosa enemistad que no podia dejar de existir entre los dos preceptores, empezó á ejercer su poder, no por parte de don Pedro, bastante generoso y magnánimo para humillarse

al rencor , sino por la de su antagonista , á quien no podia perdonar el imperio que aquel ejercia naturalmente sobre el alma del joven duque , en tanto que sus vergonzosos sucesos jamas podian tener lugar , sino protegidos de la fragilidad de los sentidos , y de la inconsiderada fogosidad de las pasiones de un joven.

Nuestro ilustre viagero , despues de dejar confiados á la administracion de un mayordomo su palacio y todos sus bienes , y de haberse prosternado al pie de los altares , se embarcó por último con sus dos preceptores y un corto número de criados , bajo el humilde nombre del caballero de Santa Cruz , en el mar ilimitado del mundo... En este mar tan fértil en escollos...

Pasados los Pirineos (4) admiraba la naturaleza en estos gigantescos anfiteatros , monumentos colosales de la grandeza divina , despues de haber atravesado los Landes (5), el equipage del duque se acercaba lentamente á la famosa Torenna (6), llamada el Jardin de Francia: el camino siempre les parecia corto , tanto por lo agradable de los sitios , cuanto por

las conversaciones, ya eruditas, ya profundas, ya frívolas, ya graias y festivas. Bajo su cómodo disfraz don Carlos, des-
 embarazado del miramiento de su esfera, se mezclaba alegremente con los hombres, estudiaba la naturaleza que no se encubría ya al aspecto de sus vanas condecoraciones, encontraba en todo distintas fisonomías, nuevos goces, de que no había jamas disfrutado en lo interior de su palacio. Don Pedro no cesaba de penetrarle en estos sentimientos filantrópicos, de repetirle que la virtud era el mas hermoso distintivo del hombre, en tanto que todas las inventivas del orgullo, no eran sino bordados engañosos sobrepuestos en un grosero cáñamo. El mordaz Montero dirigia algunos epigramas malignos, cuyas sátiras se apresuraba á disminuir al caballero de Santa Cruz, como reconciliador benévolo, para perpetuar la paz en el viage, y estas diferencias desaparecian entre muchas discusiones acaloradas, sobre las teorías impracticables, los filósofos antiguos y modernos, como tambien sobre la virtud práctica y la puramente teórica.

Nuestro héroe habia ya corrido en su largo viage la Francia (7), la Alemania (8), la Polonia (9), la Rusia (10), los mares del Norte (11), los de los países meridionales (12), y por último la Italia (13), en que se hallaba, y del mismo modo que una abeja industriosa recogia cuidadosamente el fruto de observaciones importantes á su instruccion y buenos principios: estudiaba, aunque con rapidez, los códigos legislativos de las naciones; las causas de la diversidad de idiomas y costumbres; comparaba las inclinaciones de las mugeres dimanadas por los climas, é introduciéndose en las mejores sociedades, unia á sus primeras y naturales ventajas la de una apreciable esperiencia. Don Pedro se holgaba interiormente de la sabiduría de su ilustre alumno; las mas hermosas mugeres de las ciudades en que se habian detenido no habian hecho aun en su alma mas que una ligera impresion, dotado de un fino discernimiento: el caballero de Santa Cruz no habia confundido entre un gran número de agradables coquetas, descosas de galantería, sino el único anhelo de

complacer por pura vanidad con el laudable intento de hacerse estimar; juntamente habia notado que el rango, la riqueza, la ostentacion y las brillantes chucherías casi siempre se atraen el amor de las mugeres; y avergonzado de semejantes conquistas, procuraba con cuidado evitarlas, y resistia todavia al falso amor, que camina sin su único apoyo, la estimacion: estaba reservado á la mas industriosa infancia subyugar esta virtud incorruptible, privándole de su egida (14) por primer atentado.

Este nuevo Narciso (15), cortesano adulator, no habiendo podido con destreza deshacerse de don Pedro, su cruel Argos, resolvió llevarlo al extremo, y confiar á las armas la muerte de uno ú otro. Bien determinado este funesto designio, se aprovechó de la primera ocasion de ultrajar con atrevimiento á su enemigo, pero de modo que no quedase ningun arbitrio á su prudencia: y suponiendo un justo enojo le propone la eleccion de las armas que podian lavar la ofensa. Estas fueron contrarias á D. Pedro; atravesado de un golpe mor-

tal, su último suspiro se dirigió á su querido duque, á su querido Telémaco (16), “porque se complacia en darle este nombre;” pero no murió sin perdonar á su asesino, y ofreciendo un ejemplo de la mas excelente grandeza de alma, no le pidió otro favor que el de no corromper los sólidos principios de virtud de su amado duque, que iba á hallarse sin Mentor (17) en las mas árduas empresas de la seducción. Luego que este último fue sabedor del duelo, que le privaba de su mejor amigo, de este tesoro inapreciable, no pudo contener su furor, y queriendo vengar los males de don Pedro, no halló otro medio que el de entregar á su contrario á la vindicta de las leyes; pero poco á poco fue cediendo este primer cucono, y el duque guiado por la relacion de Montero, que aseguraba fuertemente haber sido insultado, el tiempo estinguió estas impresiones en el corazon de un joven, que dominado por el ardor progresivo de su edad y sus pasiones, tiene poca duracion en sus sentimientos, tanto de alegría como de tristeza. Era este el fin á que pretendia con-

ducirle el pérfido don Antonio; usurpar cada día los principios del duque, presentarle la voluptad (18) como la única deidad adorada en la tierra, el poder, la escelencia de su rango, y sus riquezas, como los talismanes vencedores de todos los obstáculos de amor, de celebridad y de gloria: tal era el sistema y el movil constante de sus intrigas para adquirirse un absoluto imperio. Su víctima resistió largo tiempo á los artificios que la estaban encubiertos bajo un velo de rosas. Entonces en Milan (19) (soberbia ciudad de la Lombardía) el duque siempre inflexible á los halagos de las mugeres, conservaba, aun en el seno de la corrupcion, una alma y una virginidad pura, las bellas artes, las antigüedades, las letras, los ejercicios saludables al cuerpo, y preciosos conservadores de nuestros principios, formaban el círculo de su recreo. En su descanso estudiaba la lengua italiana; en sus paseos visitaba el asilo de los pobres, esparcia en él sus liberalidades, y trocando así por un poco de oro los deliciosos placeres, cuyos encantos no envenenan jamas la amar-

gura del pesar; cuando una mañana entrando en el obrador de un pintor, á quien don Antonio por un diestro tercero habia indicado como muy necesitado, aunque poseedor de una excelente capacidad, fuerepentinamente herido con la vista hechicera de una joven beldad, en toda la lozanía de la juventud, que en una actitud encantadora con los pinceles, y una paleta en la mano, delineaba una alegoría sobre un caballete. Esta alegoría representaba el Amor (20), sometiendo coronas y cetros á los pies de una joven ninfa, para espresar emblemáticamente el dominio de la hermosura sobre el corazón de los mas poderosos soberanos.

La joven italiana estaba sola en este momento en el taller de su padre: intimidada con la presencia de un desconocido, se informó abochornándose de la causa de la visita del extranjero. El duque, venciendo, aunque con dificultad, su involuntaria turbacion, espuso algunas excusas desordenadas, y por último concluyó, retirándose despues de muchos cumplimientos, manifestando el deseo de hablar al mismo pintor; pero alejándose

de este asilo pérfido, dejaba en él el duque su corazon y su descanso. Su agitación no se ocultó á la penetración de su preceptor que espiaba su conducta y sus mas pequeñas acciones, y estaba muy contento al ver finalmente que el amor habia rendido á aquella alma virtuosa, y rebelde. El traidor, para mayor seguridad de su primer éxito, fingió el deseo de marchar á Turin (21), y volver á España despues de tan largo viage, á fin de saber con ventaja los obstáculos y preceptos que buscaría el duque para prolongar su permanencia en Milan, pues nuestro héroe estaba perdidamente enamorado de la joven Milanesa. Esto no era en él un capricho, ni emocion superficial, cuales habia experimentado anteriormente en las brillantes reuniones de mugeres hermosas, sino un sentimiento íntimo al que la beneficencia servia de máscara, y el que graba el amor en su corazon bajo las apariencias de la generosidad con caracteres de fuego. En vano quiere disimularse á sí mismo su primera caída: ama las gracias, el rostro hermoso cuya adorable sombra le persigue, y acometido en sus sueños

de las mas agradables fantasmas, la imagen encantadora de la italiana se le aparece en el seno de los prestigios mas seductores.

¡A Dios, teorías profundas, soberbios principios de sabiduría, de prudencia, una sola ojeada de la hermosura acaba de disipar vuestro taciturno, y tiránico imperio, semejantes á la aurora, que con sus dedos de rosa hace desaparecer los últimos vapores de la noche! Del amor y de la voluntad al vicio no hay mas que un paso; nuestra moral se relaja á la vista de un objeto seductor; nosotros mismos marchamos delante del yugo de las pasiones, y consideramos en nuestros sofismas delirantes los años pasados sin amar, como un hurto hecho á la felicidad. Un nuevo ardor circula por nuestras venas, y la era de la vida empieza á contarse por los jóvenes amantes por la del amor.

Inmediatamente el caballero de Santa Cruz, resuelto á sofocar en sí mismo una pasión romancesca, se abstuvo por algunos dias de volver al fatal obrador; pero siempre que salió, sus pies tomaban el camino como por un impulso irresistible;

y á pesar del dolor de sus vivas emociones , conoció que no cambiaria este estado, por el apático sosiego de que antes disfrutaba.

Esta vez le recibió el mismo pintor, é informándose del motivo de su visita: “Yo he venido , dixo el Duque , como la » Señorita habrá tenido la bondad de informaros, para hacer sacar una copia en miniatura del retrato de un preceptor que » he perdido trágicamente, y que no podia » serme mas querido , cuyas facciones no » podré multiplicar.” La bella Lucinda (que así se llamaba) siempre ocupada en su bosquejo, se puso encarnada á vista del duque , y al traves de sus largas pestañas dejó escapar llamas que penetraron aun mas el corazon de nuestro héroe. Convenido el precio, el artifice, que se llamaba Grinaldi, con las mas finas expresiones le ofreció refrescar; mandó á su hija traer una silla, y colmando al duque de cumplimientos, le obligó en cierto modo á apasionarse con la vista de su mas peligroso enemigo.

Entonces Lucinda en la misma postura que se hallaba, le manifestó su per-

fil, sus hermosas espaldas medio desnudas, á la moda italiana, su brazo, su mano de alabastro, sus cabellos rubios, cuyas trenzas fluctuando, sujetas en medio de la cabeza por cuatro flechas de oro á estilo de la Lombardía, producian un maravilloso efecto. Se suscitó la conversacion sobre las artes, la música, diosa soberana en Italia, el teatro de la Escala, superior con mucho á los de Paris. El artista parecia concebir cada vez mas una secreta inclinacion ácia el estrangero; le pidió permiso para convidarle á un pequeño concierto de amigos, que daba dentro de dos dias, en el cual su hija ejecutaria un concierto de arpa, de un famoso compositor florentino. Hubiera sido descortes y ridículo rehusarlo. Nueva victoria del amor; y por una cierta vergüenza de su falta, ocultó cuidadosamente su estado al perfido don Antonio, demasiado intruido, pues el lector se habrá ya penetrado positivamente de que era el único movíl de esta estratagema amorosa: pero don Antonio disimulaba; y por el contrario aparentando no notar ninguna diferencia en los pasos y situacion, seguia manifestando

descos de volver á su querida patria, y regocijándose interiormente de ver su víctima presa cada vez mas en sus brazos.

Llegó el dia señalado para la supuesta reunion de amigos, y el Caballero de Santa Cruz (pues no se habia dado á conocer sino bajo este nombre) cuidadoso de este adorno se levantó mas temprano que nunca, contó impaciente las horas que debian pasar hasta la noche, y para abreviar su tardanza mandó ensillar un elegante caballo, y no pudo menos de pasar muchas veces bajo las ventanas de aquella que deseaba volver á ver. Tuvo la fortuna de distinguir al traves de la celosía, las flechas de oro que brillaban en la hermosa cabeza de Lucinda, lo que le hizo conmoverse con las mas vivas agitaciones del amor. Tocante al duque, esta felicidad de haber entrevisto al través de una persiana el rostro encantador de su querida, no aparecia á su vista sino como un efecto casual, mientras que el manejo y combinaciones mas odiosas tramaban secretamente esta infame manobra bajo la direccion de Montero, que habia transformado en joven sincera á una

intrigante, sin honor, miserable sin vergüenza, en artista hábil, y trazando como en un teatro, habia disfrazado por todas partes el vicio, para abusar de la inespereincia de su príncipe.

Convidados al concierto los dichos amigos, y enterados del compló, no faltaron á una voz á encarecer los talentos de Lucinda, quien efectivamente ejecutó muy bien su concierto. Un adulator, aproximándose con familiaridad al oido del Caballero, se lastimó con maña de su poca fortuna, que no estaba á nivel de su noble nacimiento, segun él decia. Lucinda, como un cómico artificioso, espresó la emocion de un súbito sentimiento, miró algunas veces al duque, con ojos furtivos, aparentó turbacion, y en seguida dejó correr con desorden sus dedos por las cuerdas del instrumento: por último, no quedó nada para colmar la medida de la seduccion; y nuestro héroe completamente engañado, principió por enviar en testimonio de su pasion bajo un anónimo, "A los interesantes artistas" algunos doblones, como pequeña muestra de grandes generosidades. El vil Montero, cóm-

plice en estos ardides , disfrutó de este despreciable beneficio. ¡Ojalá se hubiese limitado á atentar al dinero de su amo sin tocar á su inocencia!

Bien pronto , glorioso el Duque de sus dones, no disfracó su intento en sus nuevas visitas ; no solo queria se ignorara su violenta pasion , sino que pretendia seducir con su alto rango á una muger que únicamente por una supuesta virtud resistia desde algun tiempo á sus solicitudes. Creyendo pues sorprender por una especie de golpe teatral de magia irresistible á aquella que poseia toda su aficion , concibió el designio de convidar al pintor Grinaldi del mismo modo que á su hija , con el intento , segun escribió , de pagar con política. Lucinda no dejó de afectar en esta ocasion algun corto embarazo y temerosa cortedad ; pero habiendo observado todas las conveniencias , accedió al convite , pero con la presencia de su padre.

Llegó pues el anochecer , bella con su propia hermosura acompañada de Grinaldi , y con la cabeza cubierta de un velo de encage negro , imitando á las soberbias

circasianas (21), conducidas como esclavas á los sultanes , voluptuosos ; á su vista don Carlos se estremeció ; enteramente novicio en sus primeros amores , puro en sus primeras inclinaciones , experimentaba, la poderosa influencia de su corazon y de los sentidos, con tanta mas fuerza , cuanto que en la austeridad de su corazon y su educacion jamas habia estrechado entre sus brazos á ninguna muger.

El duque estaba en el colmo de su enagenamiento , y sus ojos inflamados de deleite ocultaban muy mal sus esperanzas y su agitacion.

Lucinda afectó no agradarla el sitio, la magnifica habitacion , y por último la especie de soledad, en que se iba á pasar la cena. Don Carlos por su parte fingió dar orden á Montero de ir á advertir á los demas convidados no se hiciesen esperar mas ; pero Montero tenia otras instrucciones , cuales eran, las de separar con cierta señal al incómodo Grinaldi para proporcionar á su amo el goce de una deliciosa conversacion á solas con la hermosa Lucinda. Lo que pa-

reció al duque, siempre engañado por estos tres impostores, el triunfo de su propia destreza, no fue otra cosa que el resultado de nuevas combinaciones: si Grimaldi ni Montero no volvieron al gabinete, iluminado al intento con una luz débil y misteriosa, fue solo con el designio de que Lucinda pudiese á su libertad introducir en los sentidos de don Carlos un veneno bastante activo, para no tener jamas tiempo de temer ningun arrepentimiento de su vacilante virtud. En tanto Lucinda, siempre señora de sí misma, vertiendo á manos llenas el torrente de la voluptad, pero sin dejarse nunca cegar, concede solamente á su amante los favores necesarios á su cálculo; por ultimo, se porta cual una prostituta codiciosa deseosa de oro, y que no dispensa el placer sino asida á las balanzas de la avaricia. Ya hemos dicho que don Carlos se habia propuesto en esta vista triunfar de tanta virtud, y emplear todos los medios posibles; desapareció un momento, bajo cierto pretesto, y fué á condecorarse con sus órdenes de Calatraba de san Ildefonso, y con su manto de terciopelo

mosqueado ; y volviendo á parecer cubierto de un segundo manto de grana á la española, se sentó en el camapé en que estaba su querida, y lleno de un entusiasmo enteramente caballeresco, se espresó en estos terminos : “Bella Lucinda, vos » que reinais como soberana en mi corazón, vos que habeis traído el primer rayo » de amor á una alma que pensaba ser bastante la sabiduría para su felicidad, sabed que este amante que os adora, y os » jura un eterno cariño , es de una clase » que le permite haceros dichosa , y unir » al esplendor de vuestra hermosura, la » brillantez de la opulencia...” Aquí el Duque nuevo conde de Almaziva, (22) respecto á otra Rosina doblando una rodilla , abrió su manto, descubrió su pecho con brillante pedrería , y por primeravez sintió un orgulloso placer en lisonjear la vanidad de esta hermosura. Lucinda como actriz consumada, no dejó de aparentar la mayor admiracion, y mas sorpresa ; pero por una parte si sus atractivos la lisonjeaban de tener un duque por adorador , por otra su virtud , sujeta al exceso , suponía vivas emociones ; y á es-

te tiempo hablaba de delicadeza, de escrúpulos, y de un escándalo que empeñaría su honor, como tambien que la autoridad paterna reprenderia, hizo su papel con todo primor, dando una completa esperanza de felicidad proxima, con favores blandamente eludidos, y otros ardidés que se pueden imaginar.

Lucinda se sirvió de todo esto para que su amante, arrastrado de deseos, y contenido á la vez por una fingida resistencia, aumentase su pasion con los obstáculos, y no pusiese límites ó su liberalidad. Efectivamente, al dia siguiente remitió sus regalos, no como un modesto caballero, sino como un gran señor que fomenta, como hacen algunos, su vana gloria en sostener con fausto á una deshonrada concubina, juzgando neciamente, que el público graduará su mérito en proporcion de sus escandalosas prodigalidades. Montero estaba encargado de llevar el caduceo (23) en esta honorable música; él se sorprendió al pronto; pero como diestro en intrigas, adulando los vicios nacientes de su amo, y cubriendo de flores el precipicio, en que tanto tiempo hacia

queria precipitar la castidad de su señor, tan perjudicial á su ambicion, disimuló aparentando que no le gustaba aquella conducta. En lo sucesivo todo son mensajes amorosos, el padre es ya el mas indulgente de todos los padres, pasa por todo y por una complicacion de dichas casualidades, nunca está en su obrador cuando el duque va á el. Lucinda por fin habia cedido á tanto amor, teniendo aun la porfía de que se veia subyugada por su fuerte pasion. Este dulce comercio duraba ya algunas semanas, y aun cuando por este medio nunca somos felices por ilusion, don Carlos lo era, ignorando siempre ser la victima ultrajada de un vil compló; pero esta intriga se aproximaba á su término, ¡pero que término, gran Dios!. Montero, por una parte de peor presencia que el duque, infinitamente menos amable, ¡por todos estilos habia sabido agradar á Lucinda: por una estravagancia que solo las mugeres pueden explicar, el mas vil de los amantes, el mas despreciable de los seres con sus dobleces é industria, habia inflamado el sentido de nuestra intriganta, la qual

quiso colmar su atrocidad concediendo sus favores á quien solo merecia su desprecio. La traicion era pues completa y cruel. El duque prodigaba el oro y sus finezas á una infame que no le correspondia sino con imposturas, y un perverso confidente le vendia en lo mas delicado del amor propio. La perfidia era atroz indudablemente: pero este suceso no fué de mucha duracion: un billete caido del bolsillo de Montero, y hallado por el duque, descubrió toda la trama. Al leerle don Carlos se enfurece, jura sacrificar á la malvada que se ha burlado de este modo de su buena fe, y hace el terrible juramento sobre el mismo camapé, teatro de su vergüenza y atrevimiento. Trae á su memoria en un ligero recuerdo las sangrientas perfidias de Lucinda, se informa, y desenreda todas las imposturas; y convencido de haber sido el blanco de tres inicuos bribones, renovó el terrible juramento de lavar con la sangre de Lucinda la mancha de su vanidad, la profunda herida ocasionada á su amor ofendido: frio en sus sentimientos no manifiesta nada en el momento, y cuida de cubrir

con un aire de serenidad sus designios homicidas.

De este modo don Carlos, la virtuosa obra de don Pedro, el amante de la virtud, la gloria de su prudente preceptor en lo sucesivo, desertor de las mas sagradas leyes, medita con espacio un asesinato, horrible resultado del olvido de sus primeras obligaciones; y poco antes modelo de virtud, vá á pasar sin horror á las filas de los mas viles asesinos !... Solo su orgullo es su idolo, á él es á quien va á sacrificar como á los monstruos insensatos que adoraban los egipcios... (24) !O fatal ceguedad de las pasiones! ¿por que produces tan horrendas metamorfosis?

En fin, señala una cita engañosa Lucinda ignorante de los verdaderos intentos del duque, se halla en ella sin desconfianza, y en el mismo sofá acostumbrado á escenas de deleite pecaminoso, se va á sustituir una de homicidio, que transformará las guirnaldas del amor en sangrientos crespones!...

El Duque sonriéndose, pero con amarga sourisa, contiene su oculto furor; y

queriendo aumentar nuevos motivos de venganza á la falsedad de su querida, se complace en recibir sus nuevos juramentos de sinceridad y fidelidad: despues sacando de improviso la carta, y un estoque de su pecho: "Que responderias, »monstruo, la dice con voz baja, si teniendo en la mano las pruebas de tus ar»dides, confundiese en un instante tus »inimicos engaños, y tu mas vil traicion?" A estas terribles amenazas, Lucinda pálidase estremece, procura levantarse y escapar por cualquiera parte del gabinete, pero el duque penetrado de su maldad, cediendo á todo el impulso de su furor, le clava repetidas veces en aquel pecho, objeto de su loco amor, en aquellas carnes cuya blancura deslumbraban, y que poco antes idolatraba, un agudo acero, por cuyas heridas hace salir á borbotones sobre el estrado, el solá y sobre sí mismo una sangre humeante y roja, que en sus espumosos cuajaronos parece sublevarse contra el cruel asesino que le arranca de las azuladas venas... Lucinda exalando el último suspiro con las postreras é irritadas oleadas de su sangre, se in-

clinó en una de las almohadas del camapé; despues cediendo el cuerpo á su gravedad, cayó en el estrado, sobre su misma sangre que resaltando de nuevo á su garganta y cintura, teñia con sus purpúreos colores, un cuerpo encantador digno de reposar por su belleza en brocados, flores y seda. Su semblante no se desfiguró con la sombra de la muerte: los resplandores de la vida parecia que aun la animaban. El duque, lleno de remordimientos, recibiendo un rayo de esperauza, la llama y chupa sus heridas por un efecto de ternura, aunque demasiado tarda: se baña en su sangre, y se tendria por muy dichoso en tomar su lugar:; pero ay! ya no es tiempo, la guadaña de la muerte ha gravitado sobre Lucinda, y sus facciones cárdenas dan testimonio de ello. En medio de estos horrores Montero, sin sospechar, entra en el gabinete de su amo, admirado de semejante espectáculo quiere huir, pero don Carlos deteniéndole: "Debia principiar por ti, le dice; tu perfidia merecía bien este castigo, pero yo soy un monstruo horroroso á mí mismo, y lejos de atender á tus dias, trató de substraer

» los míos de la ignominia que les está re-
 » servada; tu príncipe exige de ti esta gra-
 » cia, y tus atrocidades cuestan la vida á
 » tu desgraciada cómplice: si has usur-
 » pado ya el honor á tu amo, libértalo al me-
 » nos su casa, ilustre por siglos de gloria
 » y virtud, del oprobio del cadáver!!! A es-
 » te precio dejo de atentar á tu vida.” Pro-
 nunciado este discurso, don Carlos habia
 cerrado cuidadosamente las puertas y te-
 niendo levantado sobre Montero el fatal
 puñal, en esta actitud amenazadora espe-
 raba su respuesta. Don Antonio, causa cri-
 minal de todos estos catástrofes, juró un
 secreto inviolable sobre el cuerpo aun ca-
 liente de Lucinda, y no se hicieron mas
 preguntas para asegurar la impunidad
 que el ocultar á todos este cadáver delator.
 Estando bien cimentada la liga de la com-
 plicidad, aunque bajo distintos aspectos
 entre don Carlos y Montero, su propia y
 mutua seguridad no daba lugar á tener
 ninguna indiscreción. Lavar con pronti-
 tud el estrado, limpiar el sofá, empapar
 la sangre, y hacer desaparecer los meno-
 res vestigios del homicidio; colocar el
 cuerpo de Lucinda en una gran caja

que encerraba estatuas de mármol, compradas en el museo de Milan con designio de adornar el palacio del Duque en Madrid; hacer misteriosamente los preparativos de una pronta marcha y encargar caballos de posta, apenas fué para don Carlos y Montero asunto de media hora. Los dos partieron pues en una berlina haciéndose seguir de un arcon que contenia las estatuas pequeñas de mármol con el cadaver de la desgraciada Lucinda oculta entre ellas. Don Carlos anduvo por diferentes caminos á fin de burlar todas las pesquisas; despues acabando por embarcarse en Reminis (25) bajo un nombre supuesto, llegó por una feliz travesía á Sevilla y se dirigió secretamente á su palacio de A.

Sus primeros cuidados durante la noche fueron sacar del cajon de las estatuas el cadaver, que exhalaba un olor pútrido: el duque tuvo que sufrir el tenebroso suplicio de llevarle, aguantar su fetidez, mancharse las manos, y aguzar la punta roedora de sus remordimientos, é infestar plenamente su asilo con los fétidos vapores de su víctima. Tal es la suerte del homicida; su castigo es siempre

físico ó moralmente el de Mecencio (26); y la sangre que sus atroces manos han derramado salta continuamente sobre él. El mas cruel inconveniente era sepultar este cadáver : no pareciendo la tierra bastante silenciosa para tan horroroso depósito, las aguas parecieron á nuestro asesino mas á propósito para ocultar este misterio, y un gran estanque de inmensa profundidad sirvió de sepultura á la desdichada, cuya cintura desfiguraron, con enormes cadenas, para que el cuerpo no flotase sobre las aguas. Todas las pruebas del homicidio estan ocultas á la justicia humana. Dios solo sabe cómo el asesino adelanta por los remordimientos de su conciencia la venganza ruidosa de las leyes.

Los primeros meses que pasaron desde esta infame intriga fueron angustiosos y horribles para el Duque, y el remordimiento le aguiaba con toda violencia. Pero cedió insensiblemente algun tanto á las instancias de Montero, que con monstruosas paradojas le hacia la apología de su maldad, cargando sobre su conciencia la mitad del hecho; la manera con

que conducía este el interior de don Carlos, penetrándole de que justamente había castigado á una infame, adormeció por algun tiempo sus remordimientos.

El duque regresó á la corte á rendir su homenaje, su frente se cubrió de un frio sudor cuando este príncipe le preguntó sonriéndose, si volvía como la hoja pura, hasta decirle que no lo dudaba. Pero ; cuánto hace sufrir á un culpable el elogio de su falsa virtud ! Es acaso uno de los mas grandes tormentos de un criminal.

Don Carlos colocado de nuevo en el mundo bajo los agradables auspicios de Montero, cuyo camino le facilitaba formando ocultamente su dorado puente á las mugeres seducidas, creyó por algun tiempo haber mortificado su conciencia, por haber sofocado su voz con el ruido de los placeres del fausto y del desorden; pero es otro fenix que renace sin cesar de sus vestigios, y jamas es mas poderoso que durante el sueño. En vano se habian pasado muchos años desde el homicidio de Lucinda : en vano digo, don Carlos, queriendo experimentar toda cla-

se de diversiones, se habia casado con doña Fernanda Monte-Pardo, cuya antigua predileccion, habia sido la causa de este matrimonio que le habia hecho padre de dos hermosos hijos.... Remedios inútiles: los remordimientos agobiaban sin interrupcion noche y dia á nuestro héroe. Los rios, las fuentes, y en particular los estanques, todo lo que presenta la superficie cristalina del agua detenida, infundia en todos sus sentidos un repentino terror; su atentado es la causa incurable de una especie de furor é hidrofobia. Poseido de una negra melancolía el Duque, no llevaba al seno de los mas dulces enagenamientos de la ternura y del amor conyugal sino la memoria de su delito. Temiendo revelarles en sus sueños, don Carlos pasaba casi todas las noches en un cuarto separado del de la duquesa; Montero era el solo en cuyo seno depositaba sus penas y confesiones, aborreciéndole como á causa de sus desgracias.

Ya se habian pasado siete años enteros, y la voz de Themis aun no se dejaba oír. El cadaver de Lucinda sumergido

en las aguas, hecho pasto de los gusanos, y encadenado para la seguridad de su asesino, ¡no era sin duda mas que un esqueleto informe que en vano depondria contra su matador, estando privado de toda prueba de conviccion! ¡Extraño horror de los culpables! ¿Qué elemento no se convierte en su delator?

Una tarde que se paseaba Montero melancólicamente por el parque, y no lejos del fatal estanque, vió por entre las cañas una cabellera manchada de cieno, y unida aun á humanos fragmentos, cuya presa se disputaban entre sí los peces. Su temor le hizo mortal: quiso apoderarse de la cabellera delatora, pero era de noche y no habia ninguna barca. Se determinó pues á escribir con precipitacion algunas líneas desconcertadas, por las que avisaba al Duque que estaba en la cama, acosado de sus tormentos: "que »la cabeza sobrenadaba, y que todo era »perdido si no le ayudaba al amanecer »á ocultar estos indicios á vista de todos."

Don Carlos se estremeció al abrir esta carta que le entregó un lacayo, y sintió renovarse todas las heridas de su cora-

zon. En el primer momento quiso salir de su cuarto y correr con Montero al cenagoso féretro de Lucinda; pero el temor de descubrirse con tanta precipitacion le detuvo, dejándole abandonado á los mas horrorosos tormentos, y con la vista desencajada y cubierta de sangre, maldecia mil veces su existencia, y llamaba á la muerte como único término de sus males. Reniega, blasfema, se despedaza el pecho, se arranca los cabellos, y á un mismo tiempo pide á Dios perdon de sus vociferaciones. Despues como huyendo de fantasmas empeñadas en su persecucion, se arroja de la cama; toma las sombras de la luz por espectros funestos, ve en todas partes el cuerpo ensangrentado de su víctima, y acaba por volverse á su lecho, en el que se duerme, sucumbiendo á las fatigas de sus remordimientos.

En tan terrible estado la pesadilla del delito ofrece á su imaginacion sobresaltada todos los objetos mas ilusorios que pueden apoderarse de un alma criminal. Sueña que un monstruo agachado sobre su cintura le presenta la daga que ha atravesado el pecho de Lucinda; que una

enorme serpiente que sale del ropage de su cama le devora un costado derecho, al mismo tiempo que una cavidad abierta en medio de su habitacion, le presenta á sus aturdidias potencias las tres furias infernales, arrojando sobre él los remordimientos, y tienen en sus brazos el cadáver cárdeno de la bella Milanese, haciendo caer gota á gota sobre sus labios la sangre de la herida mortal porque ha sido sacrificada.

En media de estos dolorosos sudores, de estos tormentos inesplicables que el duque padece por muchas horas con una lenta agonía, de los que sale al ruido que hace Montero á su puerta, á la que llegaba de puntillas, despierta sobresaltado, se inquieta, se revuelca en el suelo, rechazando con un aumento de terror las nocturnas fantasmas, que se figura le acometen todavía; cree volver á encontrar el monstruo y la serpiente, que le ahogaban y herian sus costados; busca la cavidad, llama á Lucinda, la ruega ponga fin á sus justas venganzas, y por último, vuelve en sí con los nuevos golpes que reitera á la puerta su con-

fidente Montero. Recobrando poco á poco sus turbados sentidos, trae á la memoria el aviso fatal de la carta, y apresurándose á abrir á Antonio, le encarga el mayor sigilo en sus nuevas confianzas. “El día principia, dénonos prisa, querido Duque, á hacer desaparecer esos objetos peligrosos á nuestra seguridad.”

El Duque se viste haciendo relacion al mismo tiempo de la terrible fantasía que le ha martirizado gran parte de la noche, y entre mil suspiros se provee para cualquier acaecimiento de un par de pistolas cargadas. Montero disimulando su propia admiracion aparenta un valor y una serenidad, que está lejos de experimentar, y adelantándose el primero por una de las principales avenidas del parque ácia la orilla del estanque, se disponia á saltar á la barca del pescador del castillo, cuando vió á este último en medio del agua sacando sus redes, y desenredando con aspecto tétrico los cabellos de unos pedazos informes de carne amoratada, unos vestidos de muger medio podridos, y por fin una larga cadena, cuyos eslabones enredados en las

mallas de su red, no le permitian sino con mucha dificultad desembarazarse de este raro peso::: Somos perdidos, Montero, esclama el Duque; solo hay un medio, responde Antonio::: En medio de ese soto en que no seremos vistos teneis vuestras pistolas::: me entendeis? Cómo!!! Queriais?... Quiero vuestro honor; nuestra vida tal vez lo exige... ¡Ah, primer atentado horroroso, exclamó el Duque, yo podía justificarte aun: la juventud, el amor ofendido y la vanidad me servian de excusa; pero este homicidio será el crimen de un verdadero delincuente, y arrostraria aqui todas las leyes divinas y humanas en la persona de este barquero! Durante este monólogo, el último redoblando sus esfuerzos, continuaba sacando vestidos, miembros corrompidos, que algunos animales anfibios tenian casi devorados en el fango de las aguas; la larga y pesada cadena, mohosa y amarillenta va saliendo tambien insensiblemente; y con algunos minutos mas de tentativas, el barquero iba á ser dueño de todas las pruebas materiales, que darian lugar indudablemente á la instruc-

cion de un procedimiento criminal , cuyas primeras pesquisas no podian menos de comprender al Duque , aunque como mero declarante. Ya no hay nada que dudar entre el oprobio del patibulo y la impunidad que parecerá resultar de este nuevo asesinato. Montero hizo á su amo un retrato despreciable de este pescador y de su poca importancia en el mundo ; exageró el poder de S. A. , y le recordó aquellos tiempos feudales en que el príncipe tenia derecho de vida y muerte sobre sus vasallos, de cuyo poder han gozado ampliamente en otro tiempo una multitud de duques en Francia , segun las circunstancias , y por el cual solo pagaban una corta multa. Acusó al Duque de débil y pusilánime , y aquella bella alma se subleó con semejantes razonamientos. Pero Montero viendo al barquero tomar sus remos y disponerse á alejarse al medio del agua , con direccion á los fosos del castillo , redobló su temor, y reemplazando á la suplica con la amenaza, declaró al Duque que huiria de España si persistia en su cobarde timidez. Montero apunta al pescador con una pis-

tola que don Carlos le dió, volviendo este la vista; aquel dispara, pero le yerra: conociendo don Carlos que dejándole la vida correrá á su perdición, se determina á disparar la suya, y le dejó tendido y moribundo en la barca. En otra que habia amarrada á la orilla del estanque, se precipitó Montero con el Duque, y he aqui á los dos con un temblor convulsivo que apenas les concedia manejar sus trémulas manos, enredando de nuevo á un pedazo de cadena los restos de Lucinda, atando el cadáver del pescador todavía caliente, y respirando. A pesar de sus miradas exánimes y lastimeras le sumergieron en un sitio mucho mas profundo que el primero, y lavando la barca de la sangre que podia descubrirlos, la fijaron en su lugar ordinario, y volvieron á sus aposentos.

¡Imagínese la nueva desesperacion del Duque despues de este segundo atentado! Ya no era una criatura humana, era una fiera, cuyos alaridos hacian resonar los ecos del bosque: por mas que la duquesa y sus hijos, precipitándose á sus pies le suplicaban les manifestase el secreto

de la melancolía que le devoraba ; furioso se sustraía de sus caricias, de sus brazos importunos, invocaba á la muerte, pidiendo el suplicio, á fin de espiar sus crímenes y calmar sus remordimientos. No toma ningun alimento en muchos dias, su cutis seco y fogoso, sus ojos hinchados de lágrimas, secas en su ensangrentado origen, sus labios cubiertos de una espesa espuma, y sus musculos continuamente en contraccion, ofrecian en este miserable todos los caractéres de una epilepsia criminal. En fin, el remordimiento de su conciencia y el delirio enagenaron su razon, é hizo la terrible revelacion de sus dos asesinatos, acusando á Montero como causa de su perdicion, con lo que dejó á su esposa confundida y llena de horror:::

Esta se imaginó que solo la demencia habia producido esta horrorosa fábula, pero Montero habia desaparecido repentinamente provisto de considerables riquezas, y las mas fuertes sospechas dimanaron de esta singular huida, dando el caracter de verdad á las delaciones del Duque. El furor de este se aumentaba:

el médico llamado secretamente de Madrid no se atrevía á aventurar su vida aproximándose, pues no reconocía las personas ni las cosas en sus coléricos estravíos. Fue preciso encadenarle en su cama, y apenas diez hombres pudieron sujetarle. A vista de las cadenas se redoblaron sus gritos, creyendo ver aquellas que rodeaban en el fondo de las aguas el cadáver de Lucinda:: Habla siempre de la saugrienta cabellera y de las pistolas, y sucumbiendo á tantos esfuerzos cedió su furor en una pesada fiebre.

Su muerte es infalible, dijo el médico, con un nuevo absceso de aquella violencia espirará. En efecto, el Duque como á las dos de la mañana, poseído nuevamente del terrible sueño que le había atormentado la noche del asesinato del barquero, creyendo ver otra vez las furias infernales (27), los remordimientos, la serpiente, el monstruo sentado en su cintura, y Lucinda desmelenada, la misma Lucinda vertiendo en su boca las gotas de sangre emanadas de su herida, aumentó sus penetrantes gritos, y rompiéndose una vena, con tan penosos es-

fuerzos exhaló el último aliento con un vómito de sangre negra, fétida y ardiente.

Así pereció el Duque: toda la corte, informada de tan estraña aventura, lejos de adherirse al sentido de contrariedad, que la Duquesa hizo dar á los rumores que se esparcieron, se convenció de la verdad; á pesar del oro que se prodigó al efecto, y á pesar del rango del delincuente y de todo el valimiento de la Duquesa en la corte, quedaron todos persuadidos de que don Carlos, nacido con poca disposicion para vivir con el peso de un delito, habia sido su propio vengador, renunciando al gravamen de la vida, cuyos lazos no podia sufrir por mas tiempo.

La ilustre viuda se desterró por entonces con sus hijos á una de sus posesiones de Asturias (28), se deshizo de sus dominios de que jamas la recordarian sino memorias dolorosas, pero con la condicion de que el nuevo propietario dejaria construir en el bosquecercano al estanque un panteon que encerrase las cenizas de las dos víctimas de don Carlos y por cuyas almas fundó una capilla in-

mediata y una misa diaria. De este modo tributó á sus desdichados manes todos los honores fúnebres que la fueron posibles en el seno de la religion , es decir, suplicó al Eterno en favor de su infeliz esposo, virtuoso en lo interior del alma, y delincuente por seducción.

Así se demuestra en esta trágica aventura que el vicio, las quimeras de la imaginación , y los transportes de la voluptad no pueden jamas hacer la verdadera felicidad del hombre. Los vanos placeres, cuya duración es efímera, no se han criado para llenar la capacidad de su corazón. Busquemos pues en la virtud esta alegría pura que engrandece ennobleciendo nuestro ser; que siempre poderosa da sin cesar y promete aun ventajas que nos ayuda á surcar en paz el espacio de la vida , y manifiesta por último una eterna felicidad por límite de nuestra carrera.



EL MAUSEOLO DEL AMOR

6

EL ESPOSO APARECIDO.



NOVELA HISTÓRICA.



Todos los seres descansan , y cualquiera de ellos , por desdichado que sea , goza de algun momento de felicidad. Solamente para la condesa de Dombreuse falta el sueño y la quietud : sus riquezas , sus vastos dominios , su magnifico castillo de Montemart , su parque y jardines situados sobre la ribera del Sena (29) en la alta Normandía (30), su magestuoso palacio de Paris , y en fin , toda su opulencia ha perdido su prestigio y estimacion en concepto de su alma abatida; velos

negros y sombrías gasas ocultan á sus ojos llorosos todos los objetos, y viuda hacia ya algunos años, á pesar de las tiernas caricias de una hija amable, no conocia mas que la afliccion, y las mas tristes ilusiones. Apenas la aurora empezaba á reanimar el dia, se veia salir á la condesa atormentada de una pesada vigilia, y cubierta de una oscura y larga vestidura, encaminarse con lentitud al mausoleo de blanco marmol, que su amor y piadosos cuidados hicieron construir (al parecer) en honor de las cenizas de un joven esposo, privado repentinamente de la vida por una terrible catástrofe, cuya narracion tendrá su lugar en la continuacion de estas páginas. El bosque solitario en que habia sido erigido este silencioso panteon repetia sin cesar los tristes acentos de la desgraciada condesa; y teniendo las penas mas legítimas, sus límites marcados por el tiempo, el público se interesaba en inquirir la causa de una desesperacion tan obstinada. Las mugeres (necesario es hacerlas esta justicia) tienen una penetracion y finura de conocimiento, que con dificultad se les ocul-

tan los misterios y tramas mejor urdidas; y en particular en el momento que su orgullo se halla interesado fuertemente á penetrarlas, pues entonces es casi imposible que la palabra del enigma se oculte largo tiempo á sus cuidadosas indagaciones. La muger es así; y las consideraciones de los mas dulces lazos del parentesco, jamas serán bastante poderosas para vencer los violentos efectos de la curiosa malignidad del sexo. Esta ligera indicacion que hago aqui, sin intencion de agraviarlas, me da motivo á presentar como tal á la Marquesa de Dombreuse, hermana política de nuestra heroína, cuyo esposo estaba á la sazón en América con el fin de recojer cuantiosos bienes, que solo la paz y libertad de los mares hacian accesibles poco tiempo habia. El castillo de Bellossanne pertenecia á la Marquesa, y estaba erigido tambien en las cercanias de las riveras del Sena, inmediato á la villa de Harfleur y al de la residencia de su cuñada la Condesa: estas dos hermanas moraban recíprocamente una en casa de la otra, y la mas íntima amistad reinaba en sus

frecuentes visitas. Claramente se infiere que la marquesa , en relacion con toda la familia , estaba siempre dispuesta á procurar á su hermana política durante los primeros años de su viudez todos los consuelos mas esquisitos ; y cuidadosa , en vez de aquellas espresiones comunes de pésames , de que usa una persona desinteresada , y por lo mismo las ponía diariamente en práctica para cicatrizar las heridas del amor conyugal , atrayendo con agrado á su querida parienta á un estado menos doloroso que el de la tierna melancolía , que es el bálsamo de los corazones sensibles. ¡Pero medios inútiles ! La inconsolable Condesa habia resistido hasta entonces las tentativas del cariño mas solícito : viages , ruidosas tertulias , adornos elegantes , banquetes espléndidos , dulces sorpresas , escogidas reuniones , nada habia conseguido jamas serenar su bello rostro , continuamente poseido de ilusiones. El espíritu del dolor , si me es lícito explicarme así , habia hecho su presa , y los médicos mismos empezaban á temer seriamente que una melancolía mortal se apo-

derase de sus potencias enagenadas por el disgusto, por lo que declararon resueltamente sin ningun miramiento que no respondian de la vida de la Condesa, si se obstinaba en abrigar su dolorosa mania. Se hallaban en el castillo de Montemart en esta época; los criados ocultaban sus lágrimas á la vista de su pobre ama, aparentando no comprender sus extraordinarios monosílabos y violentas exclamaciones cuando la encontraban en las galerías del castillo, pero no dejaban de sospechar se ocultaba algun extraño capricho bajo esta funesta perspectiva: sus reparos no pasaban de aquí, y sola la Marquesa en estos tristes lugares daba un caracter de observacion y diligencia á su plan de descubrimiento. Esta no era ya una tierna hermana, que con discreto examen, participaba del excesivo dolor de una parienta, limitándose á enjugar unas lágrimas, de que ignoraba la verdadera causa; sino una observadora activa, apasionada y eficaz, que atraía á su memoria todo lo pasado, y que juntando las mas pequeñas circunstancias las comparaba entre sí, recordando las

frases, las palabras, las cuestiones, y todo lo que se habia hablado desde la muerte trágica del Conde; se representaba todas las circunstancias y diversas actitudes de los personajes que habian tenido alguna relacion en esta fatal época; interpretaba hasta el silencio, y establecia en su viva imaginacion las primeras bases de un procedimiento criminal. La Condesa no era ya en concepto de su nueva argos (31) un ser interesante que persigue el hado con un rigor inflexible; ocultas sospechas se mezclan ya con los sentimientos fraternales, y por primera vez da oidos á las estrañas conjeturas que su esposo la confi6 antes de su partida para América.

La Marquesa se penetró de la necesidad que tenia de comportarse con mucha prudencia, si queria permanecer en el estado de confianza que habia inspirado á la Condesa, á mas de no descubrir su espíritu poseido sin cesar de secretas inquietudes; es decir, la era preciso tomar un aspecto general de dolor y afliccion, pero de aquella afliccion superficial y aparente, que no indaga los verdade-

ros sentimientos de las personas, y se enternece simplemente sin aspirar á los motivos : esto es lo que hizo la Marquesa, y si desde este momento, no dejó el castillo de Dombreuse, fue la capa de un doble interes en los infortunios de su querida amiga , procurando cuidadosamente no permitir substituir sus vehementes sospechas en importunidad , con el fin de que la Condesa no mudase sus costumbres y paseos nocturnos.

Todo seguia en esta casa con los colores de una profunda tristeza , porque los criados , muebles, coches, y habitaciones se hallaban constantemente cubiertos de negro : una capilla secreta, iluminada por las tardes con bugías , servia de retiro religioso á la Condesa, cuyo lúgubre aparato , unido al mas riguroso silencio, daba á esta afligida morada el imponente caracter de los sepulcros: todos los feudatarios y aldeanos de los lugares vecinos, no daban otro nombre á esta habitacion que el de la torre sepulcral , á causa de que la cama de respeto del difunto conde de Dombreuse estaba situada en la torre, que en forma octógona se eleva-

ba del centro de las murallas; con respecto á su viuda, sus largas vestiduras de luto, su rostro pálido y desfigurado, sus cabellos esparcidos, y su costumbre de recorrer á media noche, aun en las mas tempestuosas, las diferentes avenidas del parque; la habian hecho apellidar la fantasma nocturna; personas de mas alto rango no hacian caso de estas palabras y voces populares, sino espresándose con un disimulado desprecio y algunas veces con un enfado, que daba verdaderamente que pensar.

Nuestra Marquesa se aplicaba cada dia mas y mas en levantar el espeso velo que ocultaba tan profundos misterios, sin que hasta entonces hubiese podido adquirir nuevas noticias. La Condesa se recogia en su interior, y se precavia con triple efecto; recorria los bosques del mausoleo siempre de noche y á hora en que el silencio mas lóbrego imprime á las almas de un temperamento fuerte un respeto mezclado de temor. Pero una vez apoderada la curiosidad de la imaginacion de una muger, es bien sabido es capaz de arrostrar todos los peligros pa-

ra satisfacerla. La Marquesa espuesta á los mayores riesgos, se determinó una noche en el momento que la campana del castillo daba con lentitud las tres de la mañana, á espiar y seguir á la Condesa, aunque viese amenazada su vida en esta empresa tan temeraria. Era el mes de octubre, época poco favorable á la naturaleza, que despues de haberse visto adornada de flores y frutos por espacio de algun tiempo, debe ceder su último ramage, á los rígidos aquilones, que un frio viento esparce por la campiña. No se ignora lo que influyen los parages y climas en una imaginacion delicada: la de la Marquesa lo era en extremo. Apenas se vió, en medio de una noche fria y cargada de nubes en un sendero del jardin, cubierta de un largo dominó negro y el rostro enmascarado (precaucion que juzgó conveniente tomar para evitar ser conocida) cuando se sintió temblar. Una noya (32) de bronce que veia diariamente derramar las aguas de su depósito en un espacioso estanque, la pareció en aquella ocasion un monstruo amenazador; los blan-

cos resplandores de la luna, interrumpidos algunas veces por las nubes, llevadas por el viento del norte al mediodía, daba á los objetos formas pavorosas, y el miedo de que no podia borrarse, se aumentaba aun por el lastimero y periódico canto de un buho que habitaba en el campanario de la aldea vecina. No obstante, á pesar de este aparato fantástico, la Marquesa se adelantó, venciendo sus vivas emociones, y avergonzándose secretamente de su pusilanimidad; se armó de nuevo de todo su valor, en seguida se internó á lo largo de una calle de rosales, que conducia á otra de Naranjos, y agachada y confundida entre las sombras, se introdujo, reprimiendo la respiracion, en el bosque religioso, depositario del cenotafio. La hora, la ligera agitation de las ramas, los pájaros nocturnos, que interrumpian el silencio y la monotonia de este asilo, paseando con vuelo veloz de uno á otro árbol, los resplandores plateados del astro de la noche, que reflejaban algunas veces en el brillante artesonado del mausoleo, presentaban á la imaginacion un cuadro que angus-

tiaba el espíritu. Pero nuestra incansable observadora, algo mas recobrada, sintió latir su pulso con menor fuerza; su pecho dejaba ya de entregarse á choques dolorosos y convulsivos, y se apresuraba á disfrutar de una escena, acaso única, segun creia en todo el mundo: de este modo gozaba con anticipacion de los primeros resultados de su audacia, cuando la pareció estremecerse la tierra bajo sus pies, un viento mas fuerte vino á rozar sus vestiduras de seda, algunas hojas impelidas con violencia se esparcieron á sus pies, el mármol del mausoleo, que estaba á su derecha, presentaba la forma de una especie de fantasma; una respiracion agitada y comprimida se sintió; por último era la misma Condesa en el mayor desorden, con los cabellos esparcidos por su cuello medio desnudo, un largo puñal en la mano, que se aparecia como queriéndose substraer de las furias (33), que la hubieran perseguido y echado de sus habitaciones.

En este caso fué en el que la Marquesa necesitó reunir todas sus fuerzas prontas á desaparecer; el peligro no era ya

ideal, y la Condesa, si la hubiera descubierto, indudablemente la hubiera dado un golpe mortal, como á un enemigo que atentase contra su propia vida. La Marquesa no hizo el menor movimiento; su actitud era en extremo arriesgada, su situacion no podia ser mas dolorosa, temia hacerse traicion con el mas ligero ruido; por otra parte deseaba verlo todo, oirlo, y arrancar del centro del sepulcro el maravilloso misterio que parecia encerrar. Al momento la fantasma nocturna (pues en lo sucesivo llamaremos á la Condesa con este nombre vulgar) parecia que registraba los contornos con su vista, circuye con paso rápido el rededor del sagrado monumento, recorre todos los senderos vecinos, y clavando su puñal, con el fin de asegurarse que ningun indiscreto testigo la observa, atraviesa la capucha del dominó de la Marquesa, que estuvo en poco de gritar al sentir el contacto de una arma blanca con su espalda; sin embargo, presistió en dejarse llevar por las poderosas razones que quedan referidas, no dejando de arrepentirse á cada momento de haber es-

puesto su vida, acaso por el interes de una ciega curiosidad.

La Condesa despues de haber examinado cuidadosamente todo lo que la rodeaba, y observado con ojos zahareños las calles adyacentes del bosque, se bajó misteriosamente, sacó una linterna sorda de debajo de una pilastra del mausoleo, abrió una de sus paredes, y despues de entrar la cerró, pareciendo sumergirse en los abismos de la muerte.

Entonces fue cuando la marquesa de Dombreuse, admirada á vista de tan extraño espectáculo, pudo dar libertad á su respiracion, pues saliendo de entre los arbustos que la habian servido de guarida, se alivió de tan cruel opresion. Sin duda hubiera hecho mejor en retirarse á su cuarto para descansar y aprovecharse de la libertad que la permitia la fantasma nocturna; pero su suerte lo dispuso de otro modo, y la precisó á enterarse de la serie de este prodigio. Se atrevió á proseguir medio á gatas, y con paso tímido á acercarse al blanco féretro, y con particularidad al lado, que girando sobre sus goznes servia de entrada á

la Condesa : escuchó , pero no oyó mas que suspiros , sollozos , quejidos , y ayes mal articulados , entre los que entendió confusamente la palabra asesino. No encontrándose aun satisfecha , aproxima mas de cerca el oído al mármol , apoyándose en una de las cuatro urnas cinerarias (34) que adornaban los ángulos del cenotafio , cuando la Condesa , poseída de un nuevo furor , impelió violentamente la moldura , dejando apenas á la Marquesa tiempo de ocultarse , huyendo repentinamente á su primer asilo ; no fue vista , y pudo contemplar de nuevo á su gusto , todas las horrorosas contorsiones de la Condesa , que miraba al cielo , al sepulcro , haciendo movimientos , por los que parecia estar determinada á darsé de puñaladas , como una criminal que sucumbe al tormento de sus remordimientos. A esta terrible agitacion sucedió la calma de la fatiga. Lo que llamó la atencion singularmente á la Marquesa fueron las miradas que continuamente dirigia á una fuentequilla del parque , ácia la que estendia muchas veces sus brazos , como una pantomima que no podia ser mas apasio-

nada , esclamando con un acento mezclado de deseos y penas “ ¡el jueves!!! ”

La escena adquiria ya un interes mas vivo que nunca por esta esclamacion misteriosa; la Marquesa habiéndose enterado de todo , ¿sabia algo mas? no : habia visto obrar á una heroína del amor conyugal , una viuda extraordinaria , que la provincia reputaba por una esposa de las mas fieles ; pero ¿ella sabia mas que el público? Verdaderamente no disfrutará reposo alguno hasta desenredar el nudo de esta sepulcral intriga.

La Condesa despues de infinitas idas y venidas desordenadas, tomó á paso lento el camino del castillo , caminaba con las manos cruzadas , la cabeza baja, pareciendo responder de cuando en cuando á una segunda persona que la habla ; unas veces se detenía de improviso , y parecia substraer la cabeza de los tiros de un brazo homicida , despues proseguia su camino : así que llegó á la galeria arrojó la última mirada ácia el bosque del mausoleo, é hizo nuevas demostraciones, que dimanaban de la mas excesiva demencia. La Marquesa no teniendo nada mas

que investigar , volvió á su aposento , y no sin mucho trabajo pudo atraer á sus ojos las delicias del sueño.

Al dia siguiente se guardó muy bien de demostrar ninguna de las terribles impresiones que habia experimentado la noche anterior; usó con ella los mismos miramientos , los mismos cuidados , el mismo agasajo , y tan solo hizo algunas preguntas engañosas en sus conversaciones , diestramente inventadas para fondear el secreto de la Condesa ; pero no consiguió ninguna respuesta delatora , pues aquella sabia contenerse. El intervalo de cinco dias (estaban en viernes) que debia pasar hasta el descado jueves , se ocupó en visitas de parientes , de vecinos , de amigos , que reconvinieron dulcemente á la Condesa , de persistir de este modo , despues de tantos años en el exceso de un dolor , que acabaria , segun el dictamen general , arrastrándola al sepulcro. A este fin la decian todo lo que un interes ingenioso halla mas á propósito para el consuelo de una alma sensible ; pero madama de Dombreuse se semejaba acerca de estas exortaciones al frio é in-

sensible marmol del mausoleo de su esposo, y sus miradas manifestaban el mas completo abatimiento, pareciendo decir ¡irreparable é imposible! Se estremecia extraordinariamente, cuando discretas alabanzas exageraban el mérito de su constancia y amor; sus mejillas siempre pálidas, se eubrian entouces de vivos colores, que parecian prevenir como del pudor resentido de un elogio que no merecia; nada la añigia mas que las preguntas, que Ismaelina su hija la hacia acerca de la trágica muerte de su esposo, cuya imagen decia ver muchas veces en su inocente sueño. Jamas permitia la Condesa se hablase en su presencia de ajusticiados, de ladrones, asesinos y adulterio; sus nervios delicados manifestaron algunas veces no poder soportar el horroroso cuadro, y sobre todo, la palabra asesino la ocasionaba congojas y contracciones de que no se la hacia volver sin trabajo. De este modo, la curiosidad presuntiva de la Marquesa, ayudada de algunos conocimientos con que la habia ilustrado, ya á su marido, antes de embarcarse, sacó gran partido

de estos datos. En fin, llegó el jueves tan deseado: la Marquesa no se acordaba; pero el incremento de agitacion que la víspera se apoderó de la condesa, llamó su atencion, y se previno; esta era una agitacion, activa inquietud, una incomodidad, un disgusto en todas sus acciones, testimonio precursor de las grandes sensaciones que la eran inevitables, pero no por esto la afectaban menos profundamente. Veinte veces miró la péndola del salon, como acusando su leuitud ó viveza, segun la dolorosa volubilidad de sus sentimientos; arrojaba miradas apasionadas sobre Ismaelina, la oprimia con rigor contra su seno, y luego la repelia como la causa funesta de todas sus desgracias. Todas estas demostraciones no se ocultaban á la Marquesa, ocupada constantemente en seguir su designio.

Últimamente, despues de la cena, á que no compareció la Condesa, pretestando una indisposicion, se asomó la Marquesa á la ventaua, y se asustó al ver la total oscuridad que causaban las espesas nubes que cubrian la tierra. Quando el relox del castillo dió las once, cada uno

se retiró á su departamento; á saber, la madre de la Condesa, su tío, antiguo caballero de San Luis, que habia fijado su domicilio en casa de su sobrina, el alcalde, ó conserge, anciano respetable y distinguido, que comia en su mesa, y la Marquesa, que aparentaba asimismo ir á reposar. Mas esta última en vez de entregarse al sueño, solo pensaba espiar las particularidades de esta segunda escena, que acaso iba á proporcionarla las llaves de tantas confusiones. Ya no era en ella un sentimiento frivolo el querer penetrar el secreto de una especie de novela original; esta vez, la fuerza irresistible de la suerte la impelia con violencia al fatal mausoleo, y Dios interiormente la inspiraba tal vez estar llamada religiosamente para ser la heroina descubridora del crimen. De esta suerte su naciente pasión por las cosas extraordinarias, que se apoyaba sobre principios ciertos, adquiria nueva preeminencia en su alma, y daba á su conducta el mérito de una buena accion. Las horas pasaban en este apologetico monólogo; aquella en que la Condesa habia ido al jardin, la noche del

viernes , sonó al fin; la Marquesa, desde sus ventanas, la vió nuevamente bajar con presteza la graderia del castillo, y dirigirse lentamente al borde del museo. Entonces se determinó á seguirla á cierta distancia , á beneficio de alguna claridad que de cuando en cuando daba la luna, y servia de seguridad á su incierta marcha. Siempre enmascarada , llegó hasta la estatua de una Diana (35) que estaba inmediata al sepulcro; oculta detras del pedestal, observó á la Condesa, cuya agitacion figuraba ser estremada. Un puñal en la mano derecha, una linterna sorda en la otra, cubierta de largas vestiduras de crespon, y esta vez, un velo blanco sujeto á lo alto de la frente ofrecia la temible imagen de las divinidades infernales que, segun la fábula, egercen su imperio en las tinieblas, y tristes amantes de la muerte son los primeros ministros de la nada. Al pronto, á sus vociferaciones interrumpidas, á sus gestos violentos y desordenados, creyó la Marquesa que su desgraciada cuñada estaba resuelta á quitarse la vida: pronunció con un tono tan desordenado la pa-

labra *Jueves*, que parecia ser el último límite de sus insoportables penas. Sí, sí; mil pensamientos opuestos ocasionaban en ella estos horrorosos temores; una especie de terror mas poderoso parecia impeler á la Condesa ácia la existencia, y tormentos por tormentos la hacia preferir con una cruel resignacion el suplicio de vivir sobre mil espinas, á presentarse ante el tribunal del Eterno, donde no podia comparecer sino como un sacrilego delincuente, que habiendo roto los hierros de su prision, no merece perdon.

En aquel instante los vientos impetuosos influyeron en toda la naturaleza; las ramas de los árboles se chocaban mutuamente; sordos truenos anunciaban una terrible tempestad, y gruesas gotas de agua caian á la tierra con la gravedad del plomo; los silbos del aire iban á repetirse al eco de la cercana selva, y este desorden terrible de los elementos daba al ruido una especie de lenguaje reprobador. ¿Un corazon criminal no cree en el exceso de sus remordimientos oir pronunciar su sentencia en el ligero movi-

miento de una hoja? : : : Al menor ruido tiembla, se comprime, y los objetos mas insignificantes son para él crueles acusadores. Tal era el estado de la Condesa; furiosa, desfigurada, era otra infame Gertrudis (36), cediendo á los males de la vida, é implorando la parea (37) como su único remedio.

La Marquesa enternecida, vertiendo lágrimas de compasion, estuvo para arrojarse á su infortunada parienta; pero temiendo, en el estravio de espíritu en que estaba, recibir un golpe del acero que brillaba á su vista, suspendió prudentemente esta intencion. Una voz lamentable se dejó oir del interior del mauseolo: el tono lastimero y prolongado de un instrumento metálico sucedió inmediatamente á esta primera seña. Entonces la Condesa, abandonando todas sus dolorosas y siniestras meditaciones, hizo desencajar la pared de mármol, y desapareció como una fantasma. ¡Que cruel situacion para la curiosidad de la Marquesa! ¿Tantos peligros é inconvenientes no la ofrecian aun mas que este oscuro resultado? ¡Siempre las mismas tinieblas, y la

suerte no deja á su imaginacion sino el vasto campo de las conjeturas! ¿Es una victima, ó un amante que sacrílego profanador de la tumba, se atreve en los brazos de una muger adúltera á hacer del féretro de un esposo el lecho de sus infames amores? ¿Será él mismo cuyas heladas cenizas animarán los dioses, sirviéndose de la voz sepulcral, para llamar la venganza desde los infiernos sobre la cabeza de sus asesinos? La Marquesa se hizo supersticiosa por la necesidad de su situacion, y por las cosas prodigiosas que tenia delante de sí, y empezó á creer lo mas increíble. Luchó mas de una hora en este penoso estado de perplejidad, cuando un nuevo ruido se dejó oír :: dos voces se distinguen claramente. . . . se aproximan. . . . Anuncian un combate violento, una defensa sostenida: la Condesa prorrumpe en gritos, que una mano y una boca ardorosa parecia sofocar en el enagenamiento de sus besos. . . . Por una parte se combatia con debilidad, mientras que por la otra se atacaba vivamente. Las espresiones de crimen y homicidio se mezclaban terriblemente con las de ternura,

constancia y amor; y en fin, la impelida violenta puerta de mármol se entreabrió, y permitió á la Marquesa ver toda la escena. En efecto, un hombre de buena figura sigue á la condesa, agarrando su mano, que aplicaba á su boca y cubría de lágrimas ardientes; él habla de su hija, ¡de su querida hija! Él presenta á la resistencia de la Condesa siete años de fidelidad, de tormentos y misterios. Reclama por fin todos los derechos de su heroica ternura, y llega el infame hasta armarse para subyugar el pudor vacilante de la Condesa: á sus títulos horrorosos de complicidad, y del sacrificio doloroso de su propia virtud, que otro tiempo no habia titubeado, decia con vehemencia, ¡sacrificar á su pasión!

¡Que escena! ¡que escena! ¡Que claridad esparcida como por un relampago! Todo se descubre: la marquesa ve ya un esposo cobardemente asesinado por dos amantes homicidas, que para quitar toda traba á sus criminales nudos, se han complicado mutuamente en un asesinato, y han osado profanar el carcaj de los amores, mezclando con sus flechas el acero

homicida. La eterna pena de la Condesa manifiesta así la palabra horrible de su enigma; sus remordimientos sostienen aun los restos de su virtud moribunda: ella ha cometido, ella ha participado del crimen; no hay duda: lo sucesivo descubrirá á la Marquesa toda la trama espantosa de este compló: la Condesa, devorada de pesares, no tiene la osadía, la nueva infamia de insultar las cenizas de su marido, prostituyendo sobre su cuerpo ensangrentado sus culpables atractivos. Por esta poca virtud tuvo la precaucion de prevenirse de un puñal, amenazando herir á su amante si insistia en violentarla. El combate poco á poco se fue empeñando; el incógnito trataba de desarimar á la Condesa, y uniendo al fuego de sus discursos seductores el de sus voluptuosas caricias, iba tal vez á triunfar de los sentidos y de la pasion secreta de nuestra culpable heroina, cuando una sombra vengadora, dirigiéndose voluntariamente sobre la plataforma del mauseolo, sacudiendo sus lúnebres vestiduras, exclamó con una voz forzada: «¡Infames asesinos, no os ha bastado empapar vues-

»tras manos en mi sangre, y manchar
 »mi tálamo, sino que queréis deshonar
 »mi sepulcro!!!

A estos acentos formidables á la aparicion de este sangriento espectro, que la Marquesa vió distintamente, y que la Condesa, igualmente que su seductor, no oyeron sino temblando, los dos huyeron con la mayor precipitacion, ganando la Condesa á toda carrera el castillo, y dirigiéndose el incógnito á la puerta del parque, ácia donde la Marquesa vió al momento la sombra de un hombre fugitivo, y percibió el ruido de un caballo que corria á rienda suelta.

Nuestra perenne centinela (esto es, la marquesa de Dombreuse) muy aturdida con semejante fenómeno, se apresuró igualmente á volver á su aposento para evitar verse envuelta en cualquiera catástrofe. Bien puede creerse que pasó la noche muy agitado; el horrendo velo de los delitos se habia descorrido; últimamente se durmió sin poder penetrar el principio factible del espectro acusador; todas sus deducciones no liacian mas que embarazar su limitada razon; y sin creer en las apa-

riencias, quedó sumergida en profundas incertidumbres. En fin, sumergida en un penoso letargo, sus sueños repitieron las imágenes funestas del mausoleo, y después de una pesadilla dolorosa, se figuró ver un cadalso de metal, sobre el cual la Condesa desgredada entregaba su cabeza al verdugo: su amante, cargado de cadenas, esperaba el segundo golpe del hacha, y la sangre, manando por todas partes á borbotones de los troncos de los dos cadáveres, ofrecía á la imaginación una horrible perspectiva. Estos crueles preludios de sus visiones fueron seguidos de otra aparición alegórica. Themis, bajando sobre una nube con su compañera la verdad, arrojando sobre su tálamo una terrible mirada, su cuchilla y su balanza, el la mandó en nombre de su conciencia, se encargase en el castillo de su divino ministerio, y de abrazar religiosamente sus intereses. Despertó pues con el espíritu lleno de estos misterios, y sin fanatismo, juzgó solemnemente empañado su honor. La condesa no pudo reconciliar el sueño; sus ojos sangrientos le repelían, y aun las inocentes ca-

ricias de su querida Ismaelina no bastaron á causarla un momento de reposo: todo el remordimiento se abrigó en su corazon; en él se erigió un trono de hierro y fijó un nido de culebras que la roían sin cesar las entrañas. . . . Saltando de su lecho, queria ir á espirar al pie de la tumba acusadora; buscando un seno donde depositar sus llantos, se determinaba á confiar todo á su madre, á su tío y á su cuñada; pero precaviendo el peligro de sus imprudentes declaraciones, y temiendo comprometer la vida de sus amantes, desiste de este designio, constante en la incertidumbre de sus aflicciones.

Al siguiente dia todos se levantaron en el castillo, y el aspecto de los señores y de los criados estaba mas triste que lo ordinario: la doncella de la Condesa hizo saber no bajaba por hallarse muy mala. Todos corrieron á su socorro y consuelo; pero encerrada con llave en la habitacion en que estaba la cama de respeto de su esposo, no concedió á nadie la entrada. De este modo las costumbres de esta casa tomaban cada dia un aumento de tristeza. El hedor del crimen, si puedo ser-

virme de esta metáfora, esparcía sus fé-
tidas emanaciones; los mismos muros ha-
blaban á la preventiva de los criados, y
aparentaban ocultar en el seno de sus in-
sensibles piedras un horroroso secreto.
Muchos se despedían bajo algunos pre-
testos, particularmente el jardinero, que
decía haber visto cosas singulares, y puso
en la mesa de la sala de comer un esto-
que y una carta que había encontrado cer-
ca del mausoleo. En fin, todos los habi-
tantes del castillo, cansados de ser des-
pues de tantos años el choque de todos
los rumores siniestros, de todas las fáb-
ulas absurdas que se esparcen por las cer-
canías, dicen que no quieren vivir mas
en una mansion de aparecidos; pero en
su interior no daban entrada á la in-
famia que la opinion atribuía á su ama,
y tomaron la leccion de huir de ella. Este
nuevo golpe imprevisto humillaba á la
Condesa, á quien informaron en el mis-
mo dia de la intencion que manifestaba
su familia; pero á fuerza de dinero, ha-
lagos y regalos consiguió hacerlos que-
dar, bajándose á ellos para la justifica-
cion de sus nocturnas demencias. ; Que

vergüenza! ¡que oprobio! y ¡á qué bajas nos conduce una falta criminal! Se apresuró pues á ocultar con mucho recato el estoque, y en particular la carta, antes de que ningun indiscreto la leyese. Estos últimos indicios eran superabundantes á la vista de la Marquesa; para ella la Condesa es un monstruo, que su título de parentesco, el honor de la familia, y su propiedad alejan todavía del suplicio; pero que se ha condenado ella misma á una muerte ignominiosa. Solo se trata de procurar por el nombre de los Dombreuses, y reunir la infamia en una sola cabeza. . . .

»Energía y prudencia, se dice á sí misma; concluyamos nuestra dolorosa obra: y triunfe Themis sin ruido.»

Su idea hubiera sido muy buena en recurrir á los consejos del Marques su marido; pero estaba en América; hacía mucho tiempo se hallaba privada de sus cartas; y ¿como á tan larga distancia conseguir resultados ventajosos de una correspondencia tan lenta? Además, su esposo siempre se había declarado enemigo de la Condesa, y era el primero que ha-

bia sospechado sobre la muerte extraordinaria del conde de Dombreuse, y sin la menor consideracion seria capaz de embarcarse al punto y hacer conducir al suplicio á la viuda, si adquiria una completa conviccion de sus primeras conjeturas. La Marquesa titubeaba pues abatida como una ligera barquilla en medio de mil olas opuestas, y no sabia qué partido tomar para vengar los sangrientos manes atrozmente ultrajados del conde de Dombreuse, cuando un criado la entregó una carta del Marques su esposo, fecha en Burdeos. La decia en sustancia: "Que su navegacion, y el cobro de sus »bienes en Luisiana habian sido felices, »y que se lisonjeaba con la dicha de estrecharla tiernamente en sus brazos." En este nuevo estado de asuntos, la Marquesa juzgó prudente diferir el tiempo, aguardando la presencia de su esposo, antes de emprender nada en materia tan escabrosa. Este día se señaló por noticias extraordinarias: una carta cerrada con cinco sellos negros, cuyo sobre "A madama la condesa de Dombreuse" estaba escrito con sangre, sumergió á todo el

castillo en una inexorable consternacion. En el sobrescrito de esta lúgubre misiva se recomendaba espresamente, que bajo la inviolabilidad del secreto, y en nombre de la religion, fuese este paquete de funesto presagio entregado en propias manos de la Condesa; y lo que hacia todavía mas repugnante este objeto, aun en el mismo contacto, era que bajo los dobleces de la cubierta, aunque gruesa; se distinguia claramente la forma de un puñal, cuya punta terminaba en un ángulo de la carta, y hacia dimanar por esta mezcla sangre y luto, instrumento de asesinato, los mas tenebrosos pensamientos. Sin embargo, la Condesa recibió este maravilloso mensaje con una serenidad difícil de comprender; ninguna alteracion descubrió el verdadero estado de su alma, y á manera que Sócrates bebió la cicuta sin alterar el rostro, así nuestra heroína tomó el paquete sin manifestar sorpresa alguna. Muchos dias pasaron sin nuevos acontecimientos, solo que la condesa, mas embebida que nunca en sus sombríos delirios, despues de la aparicion de su esposo sobre la plataforma

del mausoleo, se hacia servir en su cuarto, comia sola con su Ismaelina, y despues se encerraba los dias enteros en su fervorosa capilla. Esta variacion de operaciones no estorvó á la Marquesa el séquito de sus planes con una constancia laboriosa, siendo aun sus descubrimientos muy completos con relacion á muchas cosas, y con particularidad en lo tocante á este desconocido apasionado y atrevido, que habia seguido á su cuñada con tanto empeño. Tenia un deseo vehemente en saber el desenlace de esta fatal intriga antes de hacer las revelaciones auténticas á la justicia; pero esperó mucho tiempo antes de poder conseguir nuevas luces por parte del mausoleo: veinte veces se dirigió á él en medio de las mas sombrías noches, á pesar del terror que la inspiraba el espectro del esposo aparecido, y todas las funestas y mortíferas sombras que se la figuraban rodear el criminal monumento, y se volvia siempre sin haber visto nada por ningun lado del bosque ni de la puerta del parque, que era igualmente el objeto de sus ansiosas miradas. Ya empezaba á descon-

fiar de poder adquirir por este medio algun conocimiento, cuando quince días despues de la última salida nocturna de la Condesa, estando emboscada á las tres de la mañana en un pavelloncito de persianas, cuyas ventanas caian á una calle vecina, descubrió á lo lejos venir á paso regular, y con mucha precaucion, dos caballeros, de los que el primero parecia el amo: este, despues de haber dado su caballo, probablemente á su criado, se introdujo furtivamente á lo largo de los muros del parque; abrió misteriosamente la puertecilla, y desapareció de repente á los ojos de la Marquesa. Su interes se encontraba vivamente escitado, y su emocion en colmo; no porque la fuesen necesarios nuevos horrores para juzgar la criminalidad de su cuñada, sino porque queria saber si el admirable prodigio que habia tenido lugar en la última visita sepulcral, se reproduciria, y si la Condesa tendria la audacia de despreciar los secretos avisos del cielo. Hacia pocos minutos, que habiendo salido del pavellon con intento de ocultarse en una especie de soto, fijando sus ojos en el peristilo

del castillo, en el momento de sonar las tres y cuarto, vió á su parienta espantada como una sombra estraviada, ó una Isis (38) furiosa, siempre armada de un brillante acero, y esta vez con la cabeza adornada de una toca con tres plumas blancas, que seguían en sus movimientos la viva agitacion de su marcha desordenada. Se aproximó; pero ¡que nuevo horror! ¡que formidable espectáculo! ¡Su espíritu infernal puede figurar una escena tan atroz. . . ? No, la Marquesa no se ha engañado con falsas visiones. La Condesa se halla ahora delante de ella. . . No respira. . . Prorumpen en lastimeros ayes, en lastimeros gemidos; pero sus lágrimas. . . la naturaleza no tiene sentimientos para un dolor tan criminal. Por último, el alterado monstruo del homicidio lleva en su mano izquierda una cabeza amoratada, en la que resulta una fisonomía juvenil, cuya boca abierta y ojos trocados no permitían ver mas que la débil parte de una pupila roja; tenía asida de los cabellos esta cabeza espantosa, y rozando el seno de la Marquesa en su marcha precipitada, la manchó con la san-

gre aun caliente de la víctima. ¡Que terrible situacion para nuestra observadora! ¡Que significaba este criminal misterio? La Condesa, despues de haber arrojado inquietas miradas al rededor, examinó por todas partes el mauseolo, y despues de haber interrogado en cierto modo á todos los lugares, emplazando en alta voz á la sombra volver á comparecer á su vista, tomó su linterna sorda, y abriendo por la moldura, desapareció en las entrañas de la tierra. . . . Entonces sintió la marquesa mas que nunca estimular su curiosidad; pero la repugnaba singularmente el espectro viviente que la habia atemorizado, y no se aproximó sin mucho temor cerca del mauseolo. La Marquesa prestó atencion, y el mas pavoroso tumulto se dejó oir: las palabras de verdugo, de infanticidio, de asesinato, de criatura infame las proferia un hombre: este mismo, amenazando despues, parecia defenderse: al horror que le inspiraba la Condesa, mezclaba aun el amor su sensual frenesí; el criminal no reconocía freno alguno, y queria llevar al colmo sus atentados. La Condesa se resistia, se ir-

ritaba , amenazaba herirse , y atravesar tambien el pecho del incógnito : la cabeza ensangrentada habia acrecentado el furor y la indignacion de este estranero ; abominaba á la Condesa , pero juraba poscerla viva ó muerta , terminando su fatal suerte en aquellos apuros mezclados de deleite , de crimen y de sangre. La Condesa se resiste , se escapa , y sale como una flecha de lo interior de la tumba , teniendo siempre en su mano aquella cabeza pálida con que escuda terriblemente su pudor. En vano de la punta del puñal que tiene en su mano derecha y del semblante ensangrentado que opone de la izquierda, mancha de sangre, aun humeante , al amante , que sin remordimientos , quiere á viva fuerza conquistar los favores de una criminal en el umbral de un sepulcro. Este se obstina , y quiere apoderarse de las manos y cuerpo de su querida ; pero encuentra poderosos obstáculos que le es imposible vencer , y tiembla de rabia de no sacar mas utilidad de su complicidad asesina que remordimientos y la vergüenza de sus inútiles solicitudes.

Esta terrible escena estaba en este grado de infancia, cuando la fantasma nocturna, apareciendo con la rapidéz del rayo sobre la cima del mauseolo, exclamó con una voz formidable: "homicida de »tu esposo, homicida de tu hija, perece- »ras sobre el cadalso, que elevarás con »tus propias manos." A este grito amenazador la Condesa huyó, pero el incógnito sin asustarse, sacando con prontitud dos pistolas, se las disparó á boca de jarro á la fantasma, la que se desvaneció, como un ligero vapor.

¿Que era pues este obscuro prestigio? La Marquesa no puede figurárselo, y abismada y debilitada con tantas dolorosas emociones, volvió al castillo, haciendo juramento de no esponerse mas en lo sucesivo á semejantes peligros.

Estando el bosque del mauseolo bastante separado del castillo, apenas se habian oido los pistoletazos; ademas, la costumbre que los cazadores furtitivos tenian de cazar de noche, hizo atribuir á ello aquel ruido, muy comun en la campiña.

La Marquesa habia visto por sí misma atrocidades que no la permitian por mas

tiempo guardar miramiento alguno: sangre, parentesco, ni honor de familia podían contenerla mas; y hubiera ido al día siguiente á denunciarlo todo ante los tribunales, si la próxima llegada del Marques, que habia escrito desde Burdeos, y no podia tardar en venir, no la hubiese determinado á esperar; tanto mas, cuanto que por otra parte temia el espíritu sanguinario de la Condesa, y recelaba por su propia vida los criminales escesos á que era capaz de entregarse, segun la consideracion de lo que habia pasado á vista suya. No será difícil al lector formarse una idea del estado inquieto y doloroso de su alma. Su imaginacion absorta nada sobre olas de sangre, al horror de los multiplicados criminales que rodeaban por todas partes la persona de la Condesa, se juntaba el temor secreto de ver su honor y su vida comprometido por una vanidad tan funesta: de una parte una fantasma inteligible, de otra y sobre su cabeza (por que la habitacion de la Marquesa estaba en el piso bajo y la condesa en el principal) un monstruo manchado con la sangre de un esposo, é infestando esta

estancia con su aliento impuro. ¡Que terrible posicion! Ya estaba por último determinada á la siguiente noche á revelarlo todo á su tío, cuando al tiempo de acostarse, estando bien confiada de sus puertas y ventanas, y echada, aunque vestida, oyó con claridad introducir una llave por la cerradura; su corazon palpita con estremecimiento, busca una arma.... y cual fué su admiracion cuando advierte abrirse la puerta, y la fantasma nocturna del mausoleo, con el rostro cubierto de una máscara verde y blanca, el cuerpo, cargado de largas vestiduras rojas, una antorcha fúnebre en una mano, y una espada desnuda en la otra, aproximarse, y penetrar la parte interior del aposento! Próxima á desmayarse, sucumbe á sus terrores, cuando la fantasma quitándose la máscara, y descubriendo enteramente su rostro, dejó reconocer al marques de Dombreuse, cuyo primer cuidado fué reanimar el desfallecido espíritu de su esposa. «El disfraz que he tomado, la dijo después de tiernos halagos, te parecerá acaso extraño, pero he querido, ocultándote hasta este momento mi secreta vuelta,

»y penetrar por mí mismo todos los som-
 »bríos misterios que tanto tiempo ha
 »reynan en estos lugares. Llegué á Bello-
 »sana : mi primera intencion fué infor-
 »marte de mi regreso , pero temí alguna
 »indiscrecion de parte del mensagero de
 »que necesitaba valerme. Además , tal
 »vez te hubieras opuesto á la estratage-
 »ma que he empleado , á fin de emplear
 »mis antiguos recelos , con respecto á la
 »Condesa : tú me hubieras manifestado
 »los peligros á que pudiera esponerme,
 »y yo hubiera cedido á tu cariño : en lu-
 »gar de que ejecutando aisladamente mi
 »plan nocturno , he adquirido extrañas
 »noticias que no me dejan la menor du-
 »da del crimen de madama de Doinbreu-
 »se , y me conceden el derecho de obrar
 »ahora por medio de procedimientos
 »probables y judiciales.”

El Marques refirió en seguida á su
 muger , quien á su vez le comunicó toda
 su conducta , el modo con que se habia in-
 formado de las acciones nocturnas de la
 Condesa , y cómo habia verificado su dis-
 fraz. Iba á manifestarla del mismo modo
 el nombre y cualidad del cómplice estran-

gero, y hacerla sabedora de todo el complot del asesinato del Conde; pero reflexionando que la noche estaba muy adelantada, y que este discurso impediría el reposo de su querida consorte, le defirió para el día siguiente, y tomó posesion de un lecho en que las atribuciones de fiel y tierno esposo, le hacian el mas feliz de los hombres...

Nuestros dos esposos, modelo de felicidad y de virtuosa union, poseidos de las delicias de Morfeo, habian dulcemente abandonado en el seno de un profundo sueño los legitimos placeres de su recíproca ternura, y las vivas inquietudes que agitaban á ambos despues de tanto tiempo; solo el criminal velaba en este asilo. No hay dulce descanso para el culpable; y el mismo infierno en esta tenebrosa habitacion se complace en mezclar la mortandad; Si no es un homicidio ó un infanticidio, es un suicidio! Un delito proviene de las cenizas tibias de otro delito. Sobre pedazos de sangre apenas frios se derrama el flujo espumoso de una nueva sangre... La horrible Condesa presencia estos destrozos, y hace de su

capilla un sangriento recinto.

Ya he dicho que los Marqueses , embriagados de los agradables placeres del sueño , dormian profundamente ; una lámpara ardia sobre una mesa inmediata al lecho , en la que estaban las pistolas y espada del Marques. La Marquesa dormida , con el pecho un poco descubierto , fue manchada con una gota de sangre que cayó en su garganta , con lo que apesar de que no despertó , no pudo menos de sentir una fuerte agitacion en sus facultades adormecidas , sucediéndose al grato reposo de que estaba enagenada , una espresion dolorosa , causada por el húmedo licor que corria en su seno. Nuevamente se recuerda el suplicio en que perecía la Condesa , y á muy pocos momentos otra gota de sangre cayó perpendicular á sus labios ; despierta despa- vorida , averigua el motivo de su inquietud , y se horroriza al mirarse manchada de sangre ; grita , el Marques se levanta , y observado que tambien está manchado de sangre , que se filtraba por las junturas de las bovedillas del lecho de su habitacion , deterioradas algun tanto por el

discurso del tiempo , reúne su valor , se arina , y en tal estado alarimó todo el castillo : los criados acudieron , marchando á la cabeza el viejo conserge y el tio ; corren por todas partes , aunque su primera intencion fue acudir á la capilla de la Condesa , que se obstinaba en no salir de ella algunos dias hacia ; calculaban con nuevo espanto que la tal capilla daba sobre la habitacion de la Marquesa , y se recelan alguna atrocidad de parte de la Condesa , acerca de la que no tenian una confianza cierta. El Marques , animado con el deseo de una justa venganza , no se detuvo en examinar las dudas del tio ni las del conserge , y mandó á los criados violentar la puerta de la capilla misteriosa , en la que todos entraron provistos de luces : ¡ que horroroso espectáculo se ofrece á su vista ! La Condesa , realizando la profecía y el sueño terrible de la marquesa , se habia en efecto erigido un cadalso sobre el cuerpo de su esposo podrido hacia mucho tiempo , y que yacía en un féretro de plomo , forrado de terciopelo , el que la atrevida profanadora habia robado del catafalco. Una hacha enorme suspendida

por una cuerda , deslizándose por una polca , y suelta por la misma Condesa , formando una especie de palanca , la habia cortado la cabeza sobre un tajo , y su sangre derramada sobre el cadaver , despues de empapar aquellas carnes medio podridas , se habia filtrado por la vigas. A este terrible aparato del mas horroroso suicidio , de una clase inaudita en los anales del crimen , se agregaba para completar lo repugnante del cuadro , el tronco del cuerpo de una criatura , la desgraciada Ismaelina , cuyos miembros pálidos y delicados , mostraban aun los inútiles esfuerzos de su defensa ; su cabeza , cubierta de rubios cabellos , tocaba á la de su madre , cuyas quijadas en contraccion , habian impreso sus dientes en los inanimados labios de Ismaelina. ¡Tal era esta nueva mansion de la muerte , que los mas sangrientos criminales hubieran visto con horror !

Apoderándose el Marques , sin carecer de serenidad de ánimo , de la carta de cinco sellos negros , de un largo puñal que se hallaba inmediato al cadaver de la Condesa , y de otra carta de que hemos habla-

do ya, se puso á registrar detenidamente la capilla en todos sus rincones : distinguió pues un escrito, en caracteres de sangre, sobre un reclinatorio, el que recogió cuidadosamente; y despues de dar orden á todos los criados de separar escrupulosamente todos los efectos de valor, salió de esta mansion infestada para no entrar jamas.

Su primera diligencia al amanecer fue enviar á la Prevostía una relacion circunstanciada de todos estos sucesos, para que la justicia tomase posesion de un lugar en que ninguno de la familia queria habitar ya. Se apresuraron á estraer todas las cosas preciosas, y la inconsolable madre de la Condesa, del mismo modo que los demas parientes, marcharon al punto con la marquesa de Dombreuse á su castillo de Bellosana; solo el Marques permaneció en está detestable morada para sacar de ella todos los conocimientos que su ansiosa curiosidad deseaba con ardor, ya mas de siete años, sobre las circunstancias y el hecho del asesinato del Conde. Inmediatamente se dirigió con presteza hacia el mauseolo, acompañado del cazador del

castillo ; pero ¿cual fué su admiracion viendo á lo lejos un cadaver agitado por el viento , y colgado de uno de los sauces que cubrian con su sombra el cenotafio ! Se acerca , y reconoció perfectamente las facciones del infame Forsaves , á quien la opinion publica tenia hacia mucho tiempo por el amante de la difunta Condesa , y cómplice del homicidio de su esposo , y el mismo que , dominado por sus remordimientos , habia venido á quitarse la vida sobre la misma tumba del Conde , para aplacar sus vengadores manes. ¿De este modo persigue Dios al asesino , y la misma mano que comete el delito viene á resultar el primer instrumento del castigo !

El Marques cobró animo para bajar por las bóvedas del mausoleo , provisto de una luz ; y atravesando un camino tortuoso , penetró por último á una elegante alcoba , que servia de teatro á los criminales amores de la Condesa : aquella tenia una puerta oculta con un espejo , y cuya abertura venia á parar á la puertecilla del parque. Por esta misteriosa salida el infame caballero Forsaves se internaba de noche en el centro del mausoleo.

No teniendo ya el Marques otra cosa que colegir de sus pesquisas, se volvió á reunirse con su esposa en el castillo de Bello-sanne, dejando en Motermart á los ministros de justicia obrasen en forma en sus minuciosas sumarias.

A fin de levantar el velo que escondia aun tantos horrores, llamó á su gabinete á todos sus parientes, y les leyó la maravillosa misiva que voy á referir, y que dará en análisis el conocimiento interior de las causas de los asesinatos del conde de Dombreuse; á saber:

Señora Condesa: = “Desde aquella fa-
 » tal noche en que empapé mis manos en
 » la sangre del mas amable y mas virtuo-
 » so de los señores, he perdido toda felici-
 » dad, he perdido todo reposo: mi sueño,
 » mi momento de despertar no es sino un
 » prolongado dolor, y la vida es para mí
 » un insupportable suplicio, cuyos debora-
 » dores remordimientos renuevan sin ce-
 » sar los dolores... Por último, soy vencido,
 » y voy á privarme de una existencia insu-
 » frible con el mismo acero con que tuve
 » el atrevimiento de atravesar el pecho del
 » mas generoso de los hombres. Conser-

»vad pues los nuevos regalos y el oro
 »que destinais todavía para un perfido
 »asesino. ¡Que poder tienen todas las ri-
 »quezas de la tierra contra la memoria
 »de un crimen! Hace mucho tiempo que
 »mi corazon y mi alma estan destitui-
 »dos de todo viso de felicidad; y desde
 »aquella noche funesta en que en el bos-
 »que de Bretona, de acuerdo con vos y
 »el caballero Forsaves, aguardé en la ca-
 »za á vuestro desdichado esposo para ase-
 »sinarle; desde aquel terrible momento
 »en que nosotros tres hemos manchado
 »nuestras manos con la sangre mas pre-
 »ciosa, he vivido en los mas horribles ter-
 »mentos. En vano me habeis opuesto el
 »tiempo para apaciguar mis infamias:
 »la secreta inclinacion que habeis tenido
 »desde vuestra juventud al caballero de
 »Forsaves, la precision en que os ha
 »puesto vuestra familia, obligándoos á
 »otros lazos, nada puede justificarse á mi
 »vista; y cuando recibais esta triste carta
 »escrita con mi sangre, el puñal que en-
 »cierra, habrá traspasado el corazon del
 »culpable.” = Bellerose, secretario del
 difunto conde de Dombreuse.

Así se patentizaba en esta carta toda la trama infernal del asesinato, la habilidad con que la Condesa, el Caballero y Belle-rose la habían encubierto, aparentando venir á la defensa del Conde asesinado, segun dijeron entonces, por unos salteadores que habian huido, se daba á saber por las confesiones de este cómplice; y por final, todos los asesinos de la víctima se habian hecho justicia á sí mismos.

Con respecto á la segunda carta, y al estoque hallados por el jardinero, estos dos objetos habian correspondido al caballero Forsaves, el que en la impetuosidad de sus movimientos cerca del mausoleo, los habia dejado caer una de las noches de la aparicion del supuesto esposo aparecido. Además esta carta no contenia mas que quejas vanas de un amante á quien mucho tiempo se rehusa su felicidad, y que amenaza á su querida herirse de una puñalada si persiste en sus escrupulosos rigores.

El marques infirió de esto que la Condesa, en fuerza de la demencia de sus remordimientos, rechazaba hacia mucho tiempo el amor de un hombre teñido con la san-

gre de un esposo , y que no podia ya disfrutar voluptad en los brazos de aquel que, poco antes agradable para su alma reducida , no la ofrecia en lo sucesivo sino los disformes caractéres de un asesino; tal es el amargo fruto del crimen: Hermioné desprecia con indignacion la mano de Orestes , manchada con la sangre de Pirro: y despues de haber hecho entrega de su corazon al precio de la muerte de este Príncipe, retrocede de espanto al aproximarse el monstruo que puntualmente ejecutó sus órdenes homicidas.

Faltaba aun que reconocer el escrito de la Condesa , que se habia encontrado sobre el reclinatorio , y estaba concebido en estos términos:

“De todos los asesinos de mi esposo;
 »muero yo la mas desgraciada; homici-
 »da adúltera, me castigo con mi propia
 »sangre el fruto de una pasion ilícita , y
 »esposa infiel he sacrificado mi hija, con
 »el objeto de extinguir todos los vestigios
 »de mi infidelidad.... nada sobrevivirá á
 »mi delito sino la odiosa memoria de mi
 »nombre, que deseara destruir tambien
 »al golpe de la hacha vengadora que

»va á cortar mis días.»

Unos sucesos tan terribles no podían menos de envolver á la familia en el mayor pesar; por otra parte en toda la provincia no dejaba de resonar el hecho de esta escena trágica; el pueblo mas que nunca, el vulgo pretendia ver todas las noches negras nubes de fantasmas nocturnas que se sostenian en los aires, formando sobre el tejado del castillo la espantosa bóveda de una prision; el viajante, y en particular el labrador atemorizado, no queria arrojar sus simientes en las tierras cercanas, sino con una dolorosa repugnancia, y el viñador temia que la cosecha no produjese mas que sangre! En cuanto á la casa de los Dombreuse luego que Themis hubo cumplido su riguroso ministerio, ninguno de ellos quiso pisar el castillo, y resolvieron de comun consentimiento que esta habitacion, como tambien el mauseolo fuesen demolidos hasta los cimientos, para eclipsar en lo sucesivo la mas pequeña huella de los delitos que se habian cometido en este funesto recinto.

“¡Terrible lección para el adulterio!

» ¡Temblad, esposas criminales, ó próxi-
» mas á serlo! ¡El lecho de vuestros culpa-
» bles amores se os convertirá en el cadalso
» de la condesa de Dombreuse!





El Espectro Vengador

6

EL PUÑAL ANIMADO.

NOVELA HISTÓRICA.



Roulin era hijo natural de Guillermo el Conquistador, duque Normandía (39). Educado secretamente lejos de la corte de su padre se le desconocía en ella absolutamente. No obstante, no se le tenía olvidado; pues por el contrario, su padre cuidaba de que pasase su infancia entre las personas que conceptuó capaces de formar su espíritu en la práctica de las virtudes; y á fin de que no fuese menos valiente caballero que hombre de bien, le enseñaron á manejar las ar-

mas, á sujetar un fogoso caballo, á correr una sortija, romper una lanza, y por último, el ejercicio de todo cuanto distinguia la nobleza de aquel tiempo.

Espero me disimulará el lector deje de presentarle el método que se empleó para rudimentar nuestro ilustre bastardo en el estudio de las bellas letras, con tanta mas razon cuando sepa que en los felices tiempos de la feudalidad cualquiera noble creia envilecerse enseñando á sus hijos á escribir su nombre. ¡Quién no se admirará al oirme decir que para que fuese completa la educacion de Roulin debia no saber leer! ¡Sublime razonamiento de los antiguos hidalgos! Tenia diez y ocho años, cuando su padre fue llamado al trono de Inglaterra, por disposicion testamentaria de Eduardo el Confesor (40). Guillermo deseaba que su hijo le acompañase á tomar posesion del reino, pero esperaba pues algun rasgo de valor, ó alguna accion brillante de parte de Roulin que le facultase á reconocerle por hijo á vista de su ejército. Y hasta tal momento solo debia considerarle como un mero noble.

A consecuencia dió órdenes para que se le presentase este joven; llega Roulin. Guillermo le contempla por la primera vez: reconoce en él sus mismas facciones, su mirar terrible y feroz, su alta estatura, y su porte severo é imponente. Se mira en este espejo fiel, y la vanidad excita en su corazón el amor paternal, cuyo deber habían llenado hasta entonces la humanidad, y el rango de su clase.

Un torneo (41) se prepara para el día siguiente. En las alegres playas de la patria es donde el hermoso ejército del Duque debe figurar el simulacro de un pequeño combate. Roulin consigue de su padre el permiso de ir á él, pero sin dejarse conocer en manera alguna. La noche pasa muy lentamente comparada con sus deseos, y en tanto que la aurora con sus dedos de rosa abre las puertas del cielo, el carro del sol se presenta en el horizonte y doran sus primeros rayos la bandera que fluctúa sobre la tienda real.

Al momento cien guerreros distinguidos en juventud y en valor cubiertos de resplandecientes armas se precipitan á la

lid, sus soberbios caballos envanecidos con los ricos adornos, y con la carga que llevan hacen admirar su docil fogosidad; los mismos sentimientos que á sus dueños les animan, é igualmente aspiran á la gloria. El ejército los circuye formando un campo cerrado, y el Rey, sentado en un trono campestre contempla tan lisongero espectáculo. Ya se han sucedido mas de cuarenta combatientes; Los primeros vencedores son vencidos á su vez. Con dificultad la victoria honra dos veces seguidas á un sugeto; pero Alfredo de Condeville, caballero de una extraordinaria estatura, acaba de vencer diez antagonistas. Este suceso intimida á los mas atrevidos, y su audacia parece que está ya segura de la palma, pero el ejército ofendido con su superioridad no deja de desear un vencedor.

A este tiempo se ve dirigirse contra él un guerrero todo cubierto de metal, ninguna cifra, ningunas armas adornan su escudo. Este era Roulin. El Rey disimula con trabajo, la emocion que experimenta y su atencion se aumenta con sus ocultos sentimientos: ambos comba-

tientes manifiestan una destreza y valor admirables. El primero tiene mas fuerza, pero el segundo es mas vivo. Aquel hiere á menudo , pero los golpes de este son mas diestros, semejantes á Eutelly y Dares (42) que sostuvieron una lucha memorable en el puerto de Sicilia, y fijaron la atencion de Eneas y sus compañeros de infortunio. Mas de una vez Roulin titubeando á los golpes de Condeville, oyó los gritos que inspiraba el interes en favor suyo. Su valor se acrecienta. El Rey por su parte ofrece secretamente votos para que su hijo , contento con el modesto honor de no sucumbir á un contrario tan terrible, se retire dejando indecisa la victoria. Pero el joven lleno de furor sn cree deshonrado si no triunfa. Finalmente, reuniendo sus fuerzas se precipita sobre Alfredo enristrando su lanza. Este intenta en vano evitar un choque tan violento , y herido en medio del pecho, cae revolcándose en la arena.

Mil aclamaciones resuenan por el aire, gloria, honor al guerrero de metal , gloria al nuevo Hércules (43) que acaba de vencer al temible Condeville. El mismo

Guillermo, no solo aplaudia con su satisfaccion, sino que prodigaba alabanzas al victorioso. ¡Semejante triunfo, tanto lisongeaba su paternal corazon!.... El se envanecía con un hijo, cuyo brazo era ya tan recomendable. Ningun campeon se presentaba para combatirle. Roulin va á recibir del monarca el precio de su valor. Guillermo conmovido, no pudiendo apenas contener las lágrimas de alegría, va á aclamarle vencedor y hacerle reconocer por hijo suyo... A cuyo tiempo se deja oír una voz á lo lejos: "deteneos, »deteneos, yo quiero añadir con mi salida la gloria del vencedor, ó á oscurecerla con un triunfo mas glorioso... No »rehuseis este favor al primo de vuestro »Rey, al hijo del grande Rolando." Este era el joven Rolando, conducido por un caballo mas rápido que los vientos, que detenido por el adios de una esposa querida llegaba muy tarde al torneo para su gloria; pero ¡ah, muy temprano aun por su vida! Al ver á Roulin aproximarse á él, sus armas de metal cerradas, su talla y su aspecto le dan que sospechar que es el mismo Rey el que com-

bate bajo esta armadura misteriosa, y le atribuí la victoria de que se jactaba á la condescendencia adulatora de sus cortesanos; pero bien pronto desechó tal error al ver sentado al Rey sobre su trono. Sin embargo del embarazo en que se encontraba, á vista de estas dos armas incognitas, no le decidió menos á luchar con todas sus fuerzas contra aquel que ocultaban. El denuedo y la habilidad de los dos combatientes balanceaban algun tanto el resultado, pero en fin el dichoso Rolando aventaja á un adversario fatigado ya de la lucha anterior: Roulin es derribado en tierra. Al punto Rolando se precipita, levanta su visera, da la mano á su contrario y le manifiesta su satisfaccion, por conocer á un ribal tan esforzado como él. El feroz Roulin sofocado con la vergüenza de ver llevar una palma que habia mirado como suya, nada le responde, se vuelve á levantar, y mas pronto que un rayo toma su espada.... Su generoso vencedor cae con el rostro atravesado de un golpe mortal.... ¡Oh crimen! ¡Oh baja venganza! Un monstruo ha manchado el campo del honor, y ha te-

ñido de sangre el laurel de una victoria inocente. Roulin ha merecido el odio de una asamblea que tanto le honraba, y que tantas pruebas le daba de favor y de estimacion.

El ejército se estremece, todos piden vengar al joven gefe que adoran, y quieren sacrificar su infame asesino. Pero ¡oh espectáculo admirable! ¡oh conducta magnánima! El criminal encuentra un asilo bajo el escudo del que ha vencido: protegido por Alfredo se retira cerca del Rey: Guillermo pálido, y dudando aun lo que sus ojos veian: "Huye miserable... »Alfredo, acompañadle hasta la ciudad, »y volved á tomar mis órdenes." Estas palabras, pronunciadas con un acento terrible, suspendieron el encono de la muchedumbre. Creyó que su venganza estaba asegurada, pues la severidad del Rey habia prometido fijar la suerte del malvado.

Así que llegó á la ciudad, Roulin fue encerrado en su habitacion, y sus criados fueron constituidos sus guardas. En aquella noche no pudo gustar de las dulzuras del sueño, su crimen se le presentaba

con todo el horror. He aquí en medio de las tinieblas un espectro pavoroso, revestido de un manto negro, salpicado con lágrimas de fuego, que se aproxima á su lecho, hace brillar ante sus ojos una llama viva y penetrante, y con una voz sepulcral pronuncia estas palabras: «Vil asesino, mira tu víctima, menos para tu espanto, que para advertirte ha sido evocada del sombrío caos. Tu maldad es imperdonable, pero aun puedes alcanzarle y evitar otras, si pides auxilio al cielo, de lo contrario si murieses ahora, morirás menos delincuente!!!» Dijo, y dejando caer un puñal en su lecho desapareció.

A la soñada caída del puñal, Roulin imagina que el espectro le conduce á los infiernos, su espíritu enagenado le representa el Tártaro (44); el vé las llamas, ¿qué digo? se juzga en medio de ellas y arde; dos genios infernales le tienden sobre un potro, le arrancan las entrañas, y un buitre le arrebató el corazon; aguarda una total insensibilidad, ¡vana esperanza! su corazon y sus entrañas, fecundándose con los tormentos renacen

sin intermision para una eterna tortura.

En este sueño dió un grito horroroso, y hace un grande esfuerzo para substraerse de tan crueles dolores; se arroja en medio de su habitacion, la frialdad del suelo le hace despertar agitado, cree haber escapado de sus verdugos: sus guardas movidos por el ruido, tuvieron mucho trabajo en calmarle.

Alfredo habia vuelto al campo para recibir las órdenes del Rey, llegó al rayar el dia, y ya la armada tributaba los últimos honores al joven héroe, en quien ella perdía sus mas dulces esperanzas. A la orilla del mar se formó una pira con las mas soberbias encinas de los bosques cercanos, y el exánime cadaver de Rolando fue colocado en la cima. Guillermo, con las lágrimas en los ojos, se adelanta, y cerca de él esclama: "Salve, ó el mas esforzado de los caballeros, salve, amable y desgraciado Rolando, salve por la última vez."

A estas palabras todo el campo ofreció al cielo profundos gemidos; y cuatro soldados pusieron fuego á los ángulos de la pira, volviendo al momento los rostros.

Despues que las cenizas del héroe fueron recogidas en una urna, Guillermo se retiró á su tienda, y dirigió la palabra á Alfredo en estos términos: «Jo-
 »ven caballero, lo que ahora vais á escu-
 »char debe para siempre sepultarse ba-
 »jo el mas impenetrable misterio. Vues-
 »tra sola cualidad de nobleza me asegu-
 »ra de que jamas revelareis lo que va á
 »confiaros vuestro Duque. Mi inexorable
 »severidad os es bien notoria; ejemplos
 »terribles, pero necesarios, os lo han ma-
 »nifestado cuando un partido rebelde ha
 »querido privarme de la corona y la vi-
 »da. ¿Qué dirias si yo dejase impune un
 »delito sin ejemplo, el asesinato de un
 »valiente, infamemente acometido en me-
 »dio de los guerreros, y en un parage
 »en que seria criminal solá la idea de no
 »mirarse en seguridad? No preguntarian
 »entonces, ¿dónde está Guillermo? Sí,
 »pero cuanto sufra mi amor á la justi-
 »cia es necesario cederlo á la imperiosa
 »ley de las circunstancias. Creedme, que
 »motivos muy grandes me han impedi-
 »do entregarme al primer impulso de mi
 »justo enojo. Yo iba á embiar al suplicio

» al asesino de mi primo; pero este asesi-
 » no Alfredo, es mi hijo, es mi sola y
 » única posteridad. Su madre reunia las
 » prendas mas brillantes, y él mismo no
 » puede degenerarse por enorme que sea
 » su crimen; yo espero le oscurecerá con
 » mil virtudes. En tanto no imaginéis que
 » cuando en el corazon de Guillermo se
 » insinua la voz de la justicia, puede es-
 » cuchar la de la sangre. Si fuese un me-
 » ro magistrado, cuyo oficio no es here-
 » ditario se me veria cual nuevo Bruto (45)
 » asistir yo mismo al suplicio de un hijo
 » culpable, pero soy Duque; soy aun mas;
 » soy Rey. Dos estados considerables pi-
 » den un heredero á mi doble corona. A
 » la verdad, la mano de la bella Matilde
 » me está prometida, pero puedo morir
 » antes de poseerla, ó antes de que me
 » haya hecho padre. Yo tengo un suce-
 » sor legitimo, y la nacion aun no le
 » conoce. Por estas cartas que os confio
 » reconozco á Roulin por mi heredero;
 » esto no es por mi parte una inovecion;
 » vos sabeis que mi padre usó del mismo
 » medio en semejante circunstancia. He
 » aqui el sacrificio que hago por mi pa-

»tria, pero espero uno de vos. Este es,
 »que despues de substraer á mi hijo de
 »la cólera y enojo del ejército, os consti-
 »tuyais su Mentor, su amigo, y ya que
 »os deba la vida, que tambien os deba
 »un bien mas precioso aun: una pren-
 »da inestimable, esta es una bella alma.
 »Conducid á mi hijo á mi torre de Po-
 »tincosurt (46), visitadle diariamente é
 »instruidle con vuestros consejos y con
 »vuestros ejemplos. Decidle los deberes
 »que mi bondad le imponen. Si valgo
 »alguna cosa á su vista que me imite,
 »y que se haga digno de mí á fuerza de
 »apreciables cualidades; por último, que
 »piense que si mis pueblos ignoran que
 »él es el asesino de Rolando, Dios, que
 »todo lo ve y todo lo penetra, no lo ig-
 »nora. Id, virtuoso Alfredo, mi intento
 »os acompañe en todas partes. Cualquie-
 »ra honor y renombre que os estuviese
 »reservado, en los combates que voy á
 »dar en Inglaterra, acordaos que si con-
 »seguis volver á mi hijo á la virtud, vues-
 »tros títulos y vuestra gloria serán mas
 »meritorios al concepto de la posteridad."

Despues de este discurso, Alfredo se

despidió del Rey, que se hizo á la vela en el mismo día para Inglaterra. De vuelta á casa de Roulin supo los terrores de que había sido agitado durante la noche. Por la mañana al tiempo de levantarse cayó nuevamente en un profundo abatimiento á vista de algunas gotas de sangre que manchaban su armadura; lloraba, y á cada instante repetía: "gracia, gracia, ó padre mio;" y luego recordaba en su imaginacion los sucesos de la noche. Su memoria le representaba el aspecto de este espectro horrible, y le repetía aquellas palabras fulminantes que hemos dicho: "si murieses ahora morirías »menos criminal." El sentido de este terrible oráculo aun no se descifraba á sus ojos con toda su odiosa inteligencia; él hubiera retrocedido de horror ante su propio destino, pero no le comprendía bien.

Roulin recibe por segunda vez la vida de Alfredo, pues es el mensajero de la clemencia de Guillermo; veamos pues cómo manifestará su reconocimiento.

En los confines de Normandía (47) y Picardía se eleva una antigua torre, cu-

yas ruínas que la cercan, fosos y murallas atestiguan su pasado esplendor. En otro tiempo pertenecía á un magnífico castillo de los duques de Normandía. Desde que Roulin le habita, el mar que bañaba sus cimientos se ha retirado una lengua, y en nuestros dias únicamente es la guarida de los cuervos, de los buhos y de los malhechores; la inocencia en otro tiempo buscaba allí un asilo, pero hoy lo evita. A esta mansion fue conducido Roulin. Alfredo, que habitaba á poca distancia de Potrincourt, le prometió visitarle todos los dias segun se lo tenia prevenido. El príncipe por su parte le juraba no olvidarse nunca de sus favores, y aseguraba seria una nueva desgracia para él verse privado de su sociedad.

Creo es una ocasion oportuna para dar aqui un detalle mas estenso de quien era este Alfredo de Condeville. — Alfredo era un noble caballero, natural de Normandía, el que huérfano desde la cuna fue educado al cuidado del anciano Duque Roberto. Apenas cumplió quince años cuando Guillermo, heredero del ducado

de Normandía, vió disputados estos derechos por una facción poderosa; por último, se llegó hasta las manos, y el joven Alfedro, aunque en edad tan tierna desplegó un valor distinguido, y su brazo no contribuyó poco para el triunfo del duque. El castillo de sus padres estaba situado al mediodía de la torre de Potrincourt, y únicamente le separaba un bosque, por el que se podía ir á caballo en una hora.

Dos años hacia que habia adquirido conocimiento en las cercanías con el conde de Paulys, y con su amable hija. Alfedro recomendable por su amabilidad y bella presencia, y coronado por la victoria desde la flor de su edad, no tardó en ser amado apasionadamente por la interesante Leonor (este era el nombre de la hija de Mr. Paulys). Igualmente supo captarse la amistad del padre, por su franqueza, dulce trato, y tal vez por su ilustre nombre y fortuna considerable. El conde no podia menos de mirar con satisfaccion la alianza de un hombre que por sus cualidades personales añadía nuevo esplendor al nombre que sus antepa-

sados le tenían legado. Así que, no encontró dificultad en prometerle la mano de Leonor. Alfredo iba ya á recibirla al pie de los altares, á tiempo que las guerras de Inglaterra le reclamaron. Prefirió diferir este enlace hasta la vuelta, por si la muerte le sorprendia en el campo del honor, deber las lágrimas que deramaria Leonor, mas al dulce título de amante, que al grave dictado de esposo. De manera que puede decirse que Alfredo se veia impelido por la gloria, y retenido por el amor; por lo que no es de admirar no le apesadumbrase la órden del Rey de permanecer en Normandía al cuidado de su hijo, cuando le favorecia para la posesion pronta de la belleza que adoraba.

La sorpresa de Leonor fue muy grata al volver á ver á su amante; ella no le pidió el motivo de su vuelta, su ternura no la permitia interesarse mas que en su llama invencible. Por el contrario el conde Paulys, en aquella edad en que los sentimientos del amor estan ya estinguidos, y en que las mismas ideas que formamos son tan débiles como nuestros órganos,

pensaba de modo muy diverso que su hija. Si el amor domina algun tiempo al hombre, luego la ambicion ayudada de todas las maximas egoistas le acompaña hasta el sepulcro. ¿Por que motivo tan poderoso, se preguntaba él, Alfredo abandona tan repentinamente la carrera del honor y de la gloria?... ¿Habrá incurrida en la desgracia del Rey?... El viejo cortesano, temeroso con sus dudas, recibió á su futuro yerno con politica, pero no con aquella que antes acostumbraba, que semejava mucho al efecto, sino con una politica fria y reservada. Alfredo penetró los sentimientos del Conde, y queriendo desengañarle buscaba en su interior un motivo justo para contener sus sospechas y callar el verdadero motivo de su vuelta; pero en tan critica circunstancia no encontraba ninguno mas que la verdad. Despues de un maduro examen creyó deber resolverse á confiar su secreto á un hombre que para él iba á ser un segundo Padre, y que no era capaz de serle falso.

Veamos ahora lo que practicaba en este tiempo Roulin en su torre de Pon-

tricourt. Esceptuando las visiones nocturnas ocasionadas por el recuerdo de su crimen, que le turbaban algunas veces, vivia por otra parte en completa quietud. Un parage austero y aislado por todos lados no podia menos de agradar á su genio sombrío y feroz. Naturalmente salvage, despues de su atentado, sus miradas evitaban mas los hombres, que los javalíes, los lobos, y los osos. Alfredo su director y sus criados eran las únicas personas que no inmutaban su semblante. El silencio de los bosques las cavernas y las rocas tan odiosas al resto de los mortales, tenian sus atractivos para esta alma inquieta y melancólica. Sus disgustos cedian principalmente con la caza, y las arrugas de su frente se disipaban cuando miraba espirar á un oso, ó á una loba bañarse en su sangre.

Un dia en que Alfredo no fue á verle, como ordinariamente, pasó á casa de este para informarse si le habia ocurrido algun accidente; y le encontró á tiempo de comer acompañado del conde de Paulys y su hija. No se determinaba á mirar estos extranjeros; pero furtivamente le-

vantó los ojos, y vió á la bella Leonor... Un suspiro, hasta entonces desconocido á su alma, se le escapó; su dulzura penetra rápidamente sus sentidos, se admira, se pregunta la causa, de este tránsito repentino y no lo acierta, quisiera marcharse, pero una fuerza invisible le detiene; permanece con los ojos fijos en los atractivos de Leonor, pero él ya no es dueño de sí al contemplarla: dos hermosos ojos han aprisionado un corazón tan indómito.... Y para estar mas tiempo con ella, acompañó al Conde y a su interesante hija. Alfredo se sorprendió agradablemente de ver al Príncipe mas alegre y mucho mas tratable que lo ordinario. Y se complacia escuchando el elogio de la esquisita política del Conde, y de la hermosura y modestia de Leonor. "Querido »Condeville: yo os contemplo dichoso »con la amistad de personas tan amables; »mi reconocimiento os desea todas las »felicidades posibles, pero estos sentimientos os son inútiles; vos poseéis el »mayor de los bienes supuesto gozais de »la vista y mérito de la divina Leonor." Este discurso lisongcaba doblemente al

generoso Alfredo: se miraba enagenado de aquella que le tenia entregado su corazón; sabía agradar al menos sensible de los hombres: por otra parte encontraba un medio seguro de librar á Roulin de su melancolía y de su taciturnidad, y de hacerle gustar las dulzuras de la sociedad.

«Vuestra amistad me complace tanto como me honra, respondió al Príncipe, y supuesto que mi dicha aumenta la vuestra, sería muy poco reconocido á vuestra bondad si no os la manifestase sin la menor reserva. Leonor me ama; su mano me está concedida hace mucho tiempo, y antes de un mes me desposaré. Mi felicidad no sería completa si vuestra presencia no honrase nuestra unión. Y pues que halláis tanta distracción en la sociedad del Conde y de mi hermosa querida, yo me haré un servicio en presentaros en su casa cuando gustéis.»

Esta sincera confianza produjo tal turbación en el corazón de Roulin, que no le ofreció la menor palabra que responder: él en sí mismo estaba absorto de lo que pasaba en su interior; se volvió á la torre mas inquieto y mas abatido que

nunca; sus pupilas se hicieron inaccesibles al sueño. Leonor estaba durante toda la noche ante su vista; el amor de esta joven belleza constituía toda la felicidad de Alfredo; y él presagiaba que una vez consumada su unión, su alegría ocasionaría su desgracia. Se quejaba al cielo el haberle dado un corazón tan envidioso de la felicidad de otro; y creía que solo amaba á Leonor porque Alfredo era amado; pero Roulin se decía entre sí: «No es seguramente como yo; él no tiene mas interés á su mano que el amor que le tiene, y si ella dejase de amarle no la querría mas; por otra parte, ¿quien dirá que el corazón de Leonor esté tan adicto á él que ningun otro mortal pueda quitársele...? Pero yo debo consideraciones á Alfredo: es mi libertador, es mi mas íntimo amigo, ¿é iria á privarle del corazón de su amante?... no... no... Yo quiero que él sea feliz, supuesto que su dicha consiste únicamente en llegar á ser su esposo... El título de esposo sin el amor de su muger seria para él una carga insoportable. Sí, en el dia ella le ama, será acaso porque ningun otro

»haya tratado de agradarla; y un incógnito puede alguna vez hacerla olvidarse de Alfredo. ¿No será mejor que esta mudanza corra antes que estén unidos? Mi amigo preferiría que fuese yo quien le llevase el corazón de Leonor. El es generoso, él me dirá: puesto que sois mas querido, es justo que poseáis un corazón que mas es vuestro que mio." Con estas singulares razones Roulin se decidió á la ejecucion de la empresa que meditaba, y se justificaba de antemano de su perfidia para con su amigo.

Una vez presentado en casa del Conde, se adquirió la intimidad, y redobló sus cuidados y atenciones cerca de Leonor; y Mr. de Paulys, que como ya queda referido, sabia el secreto de su nacimiento, no dejaba de complacerse que la frecuentase. Cualquiera suerte brillante que prometiese la alianza del caballero Condeville, confidente del Rey, y colmado de sus distinciones, nunca era comparable con la del presunto heredero de la corona de Inglaterra y Normandía; y aunque no se atrevia á pretender que Roulin ocupase el lugar de Alfredo en el corazón

de su hija , no dejaba secretamente de declararse en favor del ilustre bastardo. Por su parte la inocente Leonor , incapaz de amar ningun hombre que Alfredo , y no sospechando que Roulin pudiese concebir la idea de hacerse su rival daba otro sentido al objeto de sus galanteos ; pero muy pronto la sacó de su error , declarándola la violencia de su amor con las espresiones mas apasionadas : ¡cual fue la admiracion de esta alma virtuosa al ver á sus pies el amigo mas íntimo de su amante ! Ella prontamente pasó de la indiferencia al aborrecimiento , y de la estimacion al desprecio ; desde entonces detestó al pérfido Roulin , y le hizo entender su encono : “Yo nunca tendré otro »esposo que Alfredo de Condeville ; mi »corazon y mi padre asi lo quieren.” No obstante , reprimió su indignacion ; su generosidad temia afligir á su amante , descubriéndole esta infame traicion.

Roulin volvió á su habitacion no desesperando de todo punto del suceso ; quiere vengarse de la repulsa que acaba de sufrir , y se propone reducir á Leonor , privándola de todo apoyo , y aislándola,

por decirlo así; y para conseguir este fin, he aquí los medios.

“Seduzcamos al padre, decia, por el
»esplendor de mi clase, y que él emplee en
»mi favor sus consejos, y aun su autori-
»dad. Inspiremos sospechas sobre la intimi-
»dad de su hija con Alfredo, y principal-
»mente sobre la delicadeza de este último.
»En cuanto á mi amigo, yo le alabaré de
»tal modo la virtud, los atractivos y la
»amabilidad de Leonor, que nunca habrá
»oído ensalzarla mas completamente. Pero
»tendré cuidado de que por todas partes
»los dictados injuriosos, y las conversa-
»ciones mas degradantes contrasten con
»mis elogios: es probable se disgustará
»de una amante que tendrá solo un pa-
»negirista en medio de tantos censores.”

Roulin no perdió un instante para poner en ejecución su proyecto infernal, pero se le frustró completamente respecto de Alfredo, quien tenia demasiada virtud para dudar de Leonor. Pero este contratiempo no tuvo la menor comparación con el éxito que obró en el Conde. La ambición de este fue con efecto accesible á la perspectiva de su alianza; no dejó de

hacer lucir á los ojos de su hija todo el honor de una union tan elevada ; pero hallándola invariable en su amor , declaró á Roulin que todos los medios de persuasion habian sido inútiles , y que él se apreciaba demasiado , como igualmente al Príncipe , para haber recurrido á la violencia ; y en fin , que para cortar cualquiera consecuencia desagradable juzgaba conveniente apresurar el dia de las bodas.

Alfredo miró con enagenamiento la proximidad del tiempo que debía poner el colmo á su felicidad ; pero estaba muy distante de sospechar que era el reservado á las odiosas maquinaciones de su amigo ; como tenia costumbre , comunicó en el seno de este los deliciosos sentimientos que experimentaba su alma con una nueva tan deseada. El disimulado Roulin fingió tomarse parte ; pero las demostraciones falsas de alegría que se pintaron en su rostro , no eran sino efecto del estado de su corazon , atravesado con el puñal de los mas abominables celos.

Despues que el Conde le declaró no tenia ninguna esperanza para él , cayó en

una negra melancolía que le hizo olvidar el recuerdo de su primer crimen. Esta fue una rabia concentrada contra la amistad de Condeville; entró en su habitación y exclamó: "Ellos quieren unirse á pesar »de los obstáculos secretos que les he »puesto; he practicado cuanto es necesario para atraerme el odio de Alfredo, »no quiero merecerle por mitad. . . Hagamos su union imposible. . . Leonor, no »pudiendo unirse á Alfredo, tal vez concluirá con aceptar nuestra amistad."

Resuelto á todo, el perverso intenta alejar á Condeville bajo el pretesto de enviarle á Inglaterra á saber de su padre, cuya suerte le tenia con inquietud. Pero el Caballero le respondió que esperaba un correo dentro de pocos días, y que no hallaba un motivo razonable para emprender tal viage antes que llegase, y que por otra parte, la mayor prueba de sumision que podia dar al Rey, era no separarse de su hijo.

"Yo soy perdido, decia Roulin, el »cruel lo sabe, y con su pérfido disimulo »desea que yo espire á vista de su triunfo. . . yo no seré acaso el solo desgra-

»ciado... las teas de himenco podrán muy
»bien alguna vez cambiarse para él en
»fúnebres antorchas.”

A estas palabras tomó un puñal; examinó la punta con sus dedos, y por prueba la aproximó á su pecho; la arma maravillosamente se introduce ella misma, como impelida por un brazo invencible; á este tiempo se figuró oír una voz que le dijo: “Acaba, Roulin, que corra tu
»sangre, y moriras menos criminal, si
»no miras al cielo demandando piedad,
»apartándote de tus perniciosas ideas.”

El alevé se obstina aun en no comprender el verdadero sentido de estas palabras; se imagina que acaban de ordenarle el sacrificio expiatorio de lavar su primer atentado con la sangre de Alfredo. “Yo lo veo, dice el malo, interpretando mal su idea; el cielo lo reprueba las pretensiones de Condeville; y pues él me arma para arrancarle
»á Leonor, él mismo me la destina.”

A la mañana siguiente Alfredo fue á hacer su visita acostumbrada. Los criados le dijeron cuando llegó, que su señor había pasado una noche muy inquieta;

pero no pudo creerlos viendo al Principe muy sosegado, y con mayor alegría que ordinariamente. El monstruo acariciaba su víctima para hacerla mas débil al golpe fatal; le oprimia muchas veces con sus brazos, con cuyas demostraciones de amistad fue el generoso Alfredo vivamente conmovido. Cuando se retiró le acompañó Roulin hasta la mitad del bosque; decidido á asesinarle, le llevó ácia un hondo con el pretexto de manifestarle la cueva de un Javali. "Su muerte honrará vuestras bodas. ¡Qué placer, querido Alfredo!!!" decia él.

A estas palabras le junta en su seno, y va á atravesarle el corazon; pero las lágrimas de enternecimiento y de alegría que ve brillar en las pupilas de Alfredo contienen su ferocidad; le rechaza, y se separa temblando; Oh virtud, he aqui tu poder! Tu sinceridad, tu confianza desarman un vil asesino. La imagen de la santa amistad se ha aparecido á Roulin, y ha desconcertado sus criminales intentos.

Furioso se reprende su debilidad; el reconocimiento no combate por mucho,

tiempo en su corazon culpable: las instigaciones de su pasion, sostenidas por las supuestas órdenes del cielo. Llama á Alfredo, y en el momento en que se vuelven á reunir, sumerge en un hueco del vientre aquel puñal, que mas bien se habia hecho para librar la tierra de un malvado, que para privarla de la virtud misma. Se apresuró á llevar el cadaver á lo mas espeso de la selva; y le ocultó en un hoyo escavado con mucha precipitacion. Pero en tanto que se esfuerza para oscurecer á los mortales el rastro de su delito, aquel cuyo ojo penetra hasta el fondo de los abismos, le prepara un castigo proporcionado á tanta alevosía. Ya los aguilonos desencadenados turban el orden natural; el aire se enfurece, la tempestad amenaza, y la tierra tiembla bajo los pies del monstruo.

El puñal que poco ha ha servido á su cólera, ;ó prodigio! le persigue, le amenaza, y parece que busca su corazon. Pretende huir; pero cien hidras (48) le presentan setecientas bocas abiertas; se retira de espanto; sus cabellos se herizan sobre su cabeza, y todo cuanto le cerca cae

á los impulsos del rayo. A este tiempo, y en medio de tan horrible escena aparece un espectro colosal. Los árboles mas elevados apenas llegan á su cintura. De sus ojos se fulmina el relámpago, y de su boca se despidе el rayo: habla, y sus formidables acentos hacen temblar el cielo, los abismos, las rocas, las concavidades todas, los bosques y cavernas.

“Tigre feroz, oculto bajo la forma humana, esclama, has cumplido por fin con tu execrable deseo :: ¿No te era suficiente haber derramado la sangre del generoso Rolando? ¿Te era necesario aun te bañases en la de tu libertador, de tu mejor amigo, del muy confiado Alfredo!!! ¿Ves este puñal, indignado del hecho á que le has destinado, agitarse, y buscar tu corazon?... Mas hubiera valido que tú te hubieses atravesado cuando el cielo te avisó la noche de tu primera infamia. . . . Tú hubieras muerto al menos no tan delincuente; él te ha ordenado muchas veces que aun era tiempo de restituírte á su benéfica gracia, y tu corazon obcecado ha despreciado sus indulgentes avisos para ejecutar,

»el mas detestable homicidio: ya ha llegado el tiempo en que tu exceso de atrocidad reciba un terrible, pero justo castigo.»

Mientras que el espectro profirió estas últimas palabras, el desorden de la naturaleza se aumentó; la tierra tembló hasta su centro, y bramó por todas partes; y un torbellino de humo sulfuroso cubrió esta escena de horror; una inmensa sima se abrió, vomitando torrentes de llamas; el espectro precipitó á Roulin, y le confundió en el centro del negro Tártaro, donde las furias y los remordimientos le atormentarán eternamente.

El cielo no quiso que la memoria de tan terrible acontecimiento se oscureciese, y en el mismo sitio en que se ejecutó, se elevó por maravilla un monumento fúnebre; un pájaro invisible gravó en bajos relieves la desgracia de Alfredo. En la parte superior hay una estatua que representa á Roulin; su actitud, su posición, y su gesto marcan en él el terror y el remordimiento. El divino artista no colocó en su boca la lengua; ha querido que sea sustituida por una peligrosa ser-

piente. Siempre que la inocencia se aproxima á estos lugares se ve amenazada por su dardo fatal.

¿Que fue de la interesante Leonor con la noticia de la muerte de su amante? semejante á la tierna flor, que privada de su apoyo, se marchita, dobla y fenece, se debilitó, se poseyó del dolor, y miró placentera el término de su vida, que debía unirla á su querido Alfredo.

Al espirar quiso que sus mortales despojos reposasen al lado de los de su amante, á fin de que cuando la trompeta de la resurreccion se deje oír, se hallen aun reunidos sobre la tierra.

La relacion de este último homicidio de Roulin mezcló la amargura en el corazon de Guillermo con la satisfaccion que experimentaba por la paz de su nuevo reyno; y solamente el ejemplar suplicio de este hijo abominable le consoló un poco de haberle dejado vivir.

LOS TERRIBLES EFECTOS DE LA INCONSTANCIA.



NOVELA.

*El amor quiere ser solo en el corazón,
y jamás admite gustoso un compañero.*

Desde el principio del mundo dió Dios al hombre por compañera una mujer, y desde aquel instante se instituyó el amor entre estos dos seres. Los hombres corrompiendo las leyes divinas han trastornado las de la naturaleza, admitiendo en sus corazones ideas reprobantes desde sus principios, y falsas doctrinas, que han servido de escala muchas veces para su perdición. La libertad de las pasiones es una cadena con que el enemigo de Dios procura aprisionar á los racio-

nales, que insensiblemente guiados por las apariencias lisonjeras y halagüeñas que este maligno espíritu les presenta en el pintoresco teatro del crimen, se hacen secuaces de su numeroso ejército. Asi como el amor virtuoso tenido á una sola muger, es conforme el Todopoderoso lo ordenó, y es una accion gloriosa y celeste; asi el que no lleve las reglas prescritas en este, es una senda derecha que conduce á un horrendo precipicio. Muchos jóvenes entregados desde sus primeros años al libertinage, se embriagan en el aparente nectar de las pasiones, teniéndose por capaces de poder sujetarlas en algun tiempo; ¡pero ah! los incautos se engañan, pues cuando quieren recordar se hallan ya atraídos fuertemente por el iman destructor. Muchos creen que su fortuna será duradera en este mundo, en que son tan evidentes los peligros como en los mares inevitables las tormentas; pero en uno y otro golfo son furiosas las tempestades, y espantosos los riesgos. La soberbia nave de Aman (49) surcaba viento en popa las sosegadas ondas, y su Piloto creia imposible su ruina; pero en lo

mas alto de su próspera fortuna avistó el Caribdis (50) de su perdicion, pues alteradas las aguas de sus felicidades las destruyó el fuego de la envidia. No hay felicidad en las cosas mortales, y mucha menos en las acciones criminales de los hombres.

Carlos de Castelfor, natural de Viena (51) é hijo de una de las principales casas de Austria, tanto en intereses cuanto en blasones, se hallaba á la edad de veinte y un años con todos los principales dones de la naturaleza; como son bellezas exteriores y sutileza de ingenio, cuyas prendas físicas y morales le hacian ser amado de todos sus conciudadanos. Su padre, el baron de Corlebungk murió dejándole este título, y su madre, la duquesa de Gicolgki, aumentó sus riquezas é ilustre timbre con su falia; por lo que este joven se vió poseedor de una inmensa fortuna.

Un grande número de amigos se sentaba diariamente á su mesa, y estos mismos le comprometian á dar funciones en su palacio, lo que él hacia por complacerlos mas bien que por su gusto, pues naturalmente inclinado á la literatura,

prefería esta á todos los placeres de Terpsícore y de Enterpe (52). Hasta la edad de veinte y dos años fue insensible al amor, y las mugeres hermosas eran para él objetos poco considerables; pero cansado indudablemente Cupido (53) de la indiferencia de este mortal, no perdonó medio alguno para vengarse de su frialdad, y consiguió hacerle caer en los lazos que le tendió.

En uno de los conciertos que hubo en su casa, se presentó una señorita como de unos diez y ocho años de edad, cuya hermosura escedía á Venus (54). La vista de Carlos se fijó al instante en ella, y en aquel momento experimentó una emociou desconocida en su alma, y su corazon unos penetrantes dolores, como si hubiese sido herido de unas punzantes saetas. Preguntó á sus amigos quien era aquel ser encantador, y uno de ellos le respondió era la hija de la marquesa de Colkiverg, que por la primera vez se presentaba en un concierto. Se apresuró nuestro ya enamorado heroe á prestar todas las atenciones de respeto á la señorita Glori (este era su nombre), y á su madre la mar-

quesa ; estas apéreciaron sus atenciones tanto mas , quanto su ida á aquel concier-to habia sido mas por él que por la diversion. La señorita Clori era muy amable y enamorada á la vista de Carlos : correspondió á sus halagueñas palabras con tanta dulzura, que acabó de fijar el corazon de aquel. El arpa era el instrumento que tocaba la hija de la Marquesa. Despues que algunas de las señoritas de la reunion lucieron sus habilidades , se invitó á Clori á cantar : tomó el arpa en sus manos , y acompañándose, hizo resonar su sonora voz, llevándose los aplausos de todos los concurrentes, particularmente la de nuestro heroe, que la consideró en su corazon á la misma Euterpe. Con este motivo se redoblaron las espresiones cariñosas, mensageras de Cupido entre estos dos vasallos de su imperio, y uno y otro se vanagloriaron de su conquista. Concluida la funcion, Carlos acompañó á la Marquesa y su hija hasta su casa, y estas, gloriándose de la presa que habian hecho, no se olvidaron de ofrecérsela con las espresiones mas obligatorias.

La naturaleza fria de Carlos se hizo

una ardorosa llama , y su corazon imper-
térrito , dando acogida á esta pasion , era
ya un volcan que desparramaba el crater
de los mas vivos deseos. La primera no-
che de amor en el que jamas le ha cono-
cido , es indudablemente una de las mas
terribles é inquietas ; los minutos noc-
turnos son largas horas , y se querria que
la aurora del venidero dia adelantase su
curso ordinario , atropellando la noche.
Morfeo (55) no quiso abrigar á Carlos es-
ta noche con su suave manto , y tuvo que
sufrir las grandes flechas que Cupido le
dirigia por medio de la halagüeña Ne-
mosine (56). Al instante que el astro lu-
ciente adornó á la naturaleza con sus do-
rados rayos , dejó Carlos el lecho ; y dan-
do apresuradas carreras por su habitacion,
estudiaba los medios de declarar su na-
ciente amor á aquella deidad que le ha-
bia cautivado. Cuando se ama de veras to-
dos los medios se vienen á la mano , y
parece que tenemos al oido quien nos
inspire espresiones con que halagar , y si
escribimos , quien guie nuestra pluma
con destreza y acierto. El papel, mensa-
gero el mas fiel de los amantes , fue em-

pleado por Carlos por la primera vez de su vida para una empresa amorosa. Escribió una carta á Clori, en la cual procuró introducir todo su talento y habilidad, y con ella se dirigió á su casa, determinado á dársela. A su llegada la marquesa de Colkiberg le recibió con mucho agrado, y le introdujo al aposento de su hija, quien al ver aquel objeto que habia estado á su vista toda la anterior noche, no pudo menos de sonrojarse, dando con esto un gran colorido á su hermosura. La conversacion fue insignificante, pues solo se trató de la funcion de la noche anterior, y de los blasones de sus familias. La presencia de la marquesa impidió á Carlos manifestar su intento á su amada, y solo la habló con sus repetidas y penetrantes miradas, que sin embargo de la corta edad y poca experiencia de Clori, las supo interpretar en su verdadero sentido, contestando en los mismos términos.

Muchos dias estuvo la carta escrita en el bolsillo de Carlos, pues la continua asistencia de la Marquesa en todas sus visitas le impidieron el darla. Hubiera po-

dido nuestro heroe haber declarado el amor que tenia á Clori, á la Marquesa, á cuyo aviso esta no hubiera podido menos de consentir ; pero estando en la actualidad empeñado en un gran pleito que un tio suyo le habia puesto sobre la pertenencia del Ducado de su difunta madre, no queria comprometerse en términos públicos hasta la finalizacion de un litigio que podia serle mas ó menos funesto.

Una tarde en que la Marquesa habia salido de casa al servicio de la Emperatriz, de quien era dama, Carlos fue casualmente á ver á Clori, y encontrándola sola, la dijo: "Amada señorita, largo
» tiempo ha esperaba el consuelo que ahora obtengo ; desde la primera noche que
» la suerte os condujo á mi vista, habeis
» aprisionado mi corazon con tan fuertes
» eslabones, que en vano procuraría romperlos : sí, amada Clori, vuestras miradas han herido mi sensibilidad mortalmente ; yo os amo, y si no procurais deramar vuestra compasion por un desgraciado súbdito de vuestros hechizos,
» labrareis mi eterna infelicidad : dignaos
» amada muger, darme el consuelo que

»necesito para mi perpetua tranquilidad.» Este lenguaje seductor, pronunciado con el mas vivo entusiasmo por un hombre adornado con las bellezas de la naturaleza, sorprendió dulcemente á Clori, que le escuchaba por la primera vez. Todas las palabras de su amante se introdujeron suavemente en su sensible corazon, y abandonándose á su alegría con una sana inocencia, respondió, dando una de sus blancas manos á su amante: «D. Carlos, »vos me haceis experimentar una emocion que me es tan desconocida como »agradable: os amo; y si he de deciros la »verdad, os amaba tal vez antes que vos »me vieseis, pues desde un dia que os »vi en el paseo fijasteis mi corazon.» Carlos, lleno de entusiasmo, dió á su amada todas las muestras de su agradecimiento, y contestando á las palabras de su amada, que le dijo que contase con la Marquesa su madre, la respondió: «Querida mia, mis intereses se hallan en un »estado incierto, como sabeis, por el pleito en que me encuentro con mi tio el »Baron de Melbur, y por lo tanto, no »quisiera hacer una publica declaracion

»antes de su finalizacion.» Con estas y otras palabras la convenció á que nada dijese á su madre; y aun cuando á esta nada se le ocultaba, siguieron estos dos amantes en sus secretas entrevistas.

Las malas compañías entre los hombres son como los frutos podridos entre los sanos, que pasan lentamente su corrupcion y los hacen de su especie; bien pronto lo experimentó Carlos de Castelfort. Viendo sus amigos que se iba inclinando al amor, empezaron á demostrarle las dulzuras de las sensaciones del bello sexo, para él desconocidas, y á pasos agigantados perdió su modesto pudor, y entró en el camino real del libertinage. Ya no veia á su amada Clori con aquellos ojos del amor legitimo en que la pureza es el escudo y salvaguardia mas fuerte, sino con deseos impúdicos é intenciones criminales. Clori advirtió la mudanza de su amante por lo que respecta á sus modales libres y desembarazo repentino de su genio; pero como él se mantenía fino con ella, lo achacó á su franqueza; pero la Marquesa, que conocia el mundo mas que su hija, y sabia á lo que puede ar-

rastrar una pasión cuando va acompañada de una desordenada libertad; temió por su hija, y manifestándola por lecciones morales los reveses de la suerte, y oculto veneno con que mata la seducción, se limitó mas que nunca á guardar el honor de esta inocente de las garras de un hambriento lobo. Acostumbrado á la voluptad nuestro Castelfort, dejó todo miramiento con su amada, y ya no la habló en términos castos, sino en expresiones que aquella no entendía apenas, y que á las que descifraba por lo claro no podía menos de sonrojarse; en fin, atentó obstinadamente contra su honor; pero ella, mas fuerte que una roca en su virtud, le afeo enfurecida su atrevimiento, diciéndole: "Habeis, señor, perdido la »cabeza; ¿quereis perderme? ¿Quien os »ha enseñado esa produccion tan indigna »de vuestros principios. . . Alejad tan temeraria idea en la inteligencia de que »solo la obtendriais á costa de mi vida." Absorto por la heroica defensa que aquella le opuso, admiró su recato, y juró no molestarla jamas con tan bajas acciones.

Entre los amigos de su mesa habia uno

llamado Julian Anendelk, que era el preferido por ser el mas adecuado á sus ideas; y este le introdujo en casa de una señorita que habia quedado viuda á los ocho meses de su matrimonio. Era hija de uno de los principales magistrados de la Corte, y su fisonomia era muy seductora, pues á unas facciones perfectas sembradas sobre un morenito campo, se unian una voz que penetraba suavemente hasta el corazon, y unos ojos negros que inquietaban al espectador mas esperto y grave. A la vista de tantos atractivos quedó herido nuestro heroe; y sin embargo de que la memoria de Clori no le dejaba un instante, se determinó á sitiar el campo de Alejandra de Castell (era este su nombre.)

Como ya hemos dicho que la naturaleza habia sido pródiga con nuestro heroe, y que su fortuna era de las mas brillantes, no podemos dudar de que la plaza se rendiria á los primeros esfuerzos. Ya le tenemos, dirá el lector, nuevo amante de su última conquista, y acérrimo enemigo de la primera; pues no sucedió así: Carlos al verse comprometido

por dos lados intentó pasar el tiempo con ambas cuanto pudiese, y concibió el desiguiño de formar con su amigo Julian la sentencia definitiva de sus damas: "Amigo, le dijo, me hallo en un estado afortunado de amores, y deplorable; lo primero, porque soy querido de seres encantadores; y lo segundo, porque quiero á las dos en un mismo grado; y te aseguro que entre ambas, si fuese obligado, no sabria por cual decidirme: Clori es para mí el santuario de la honestidad, y me une á su templo con lazos indestructibles, y al mismo tiempo conviene por sus títulos y progenie á los blasones de mi casa; y Alejandra me sujeta estrechamente por sus superiores atractivos. — En semejante alternativa, contestó Julian, debes gozar, si puedes, de ambas, y despues mirar cual de las dos te tiene mas cuenta, y concluir con la otra." Con un consejo tan de concierto con el parecer de Carlos, como inmoral, determinó seguir los pasos de su suerte, y luego que se cansase de serle propicia, tomarle en un todo. Las seductoras tentativas de nuestro buen mozo no

tardaron en obtener favores superiores de su nueva amada, y con esto acabó de hacerse mas fuerte su afición, y mas fria para la sensible Clori, que iba de dia en dia notando su indiferencia: "Ya no veo » en ti (le dijo esta un dia) aquel amor » é interes que antes; tu corazon se ha » mudado, y estoy firmemente persuadi- » da que me aborreces; si solo una idea de » honor te conduce disgustado á mi casa, » te suplico la deseches; no vengas á ver- » me, y así concluiré mas pronto una vi- » da que me empieza á ser pesada." Carlos, penetrado de un furioso remordimiento, la contestó: "Amada Clori, no me » hagas padecer con tus injustas sospechas; » yo te adoro mas que nunca; y si no te de- » muestro mi cariño como antes, es por- » que estoy herido con tus repulsas en con- » cederme favores que obtienen los aman- » tes de todas sus amadas. = Esas muge- » res que prestan sus hechizos y su virtud » antes de tiempo (contestó), querran ser » desgraciadas, viendo el desprecio que » aquellos que las engañaron las harán, ó » habrán perdido el temor santo de un Dios » vengador; yo amo demasiado los prin-

» cipios religiosos en que he sido educada,
 » y solo mi esposo será el que se gloríe de
 » mis dones.” ¡Cuán encantadoras son es-
 tas palabras en boca de una joven! El
 buen amante se siente arrebatado á su
 autora con doble fuerza por el crecimien-
 to de su legítima pasión, y el libertino
 se detiene repentinamente al escudo reli-
 gioso, que para todos sus golpes con tan
 viva destreza.

No atendiendo Carlos mas que á la
 consecucion de sus deseos, sin embargo
 de una secreta emocion que le arrastra-
 ba insensiblemente á su Lucrecia, se
 entregó casi enteramente á Alejandra, y
 ya descaradamente se le vió en los paseos
 públicos, en el teatro, y en todas las di-
 versiones. Como la discordia vuela con
 rapidez, sembrando en la tierra las ma-
 las nuevas, é impele á la fama para que
 toque á sus órdenes la sonora trompeta,
 no tardó en mudar enteramente á su sa-
 bor el campo de los amores en el del
 dolor. Clori llegó á saber la nueva pasión
 de su amante, causa del desprecio que
 se la hacia, y triste y llorosa corrió á
 los brazos de su madre, y con el mas gran-

de sentimiento la contó sus amores, y la perfidia de su amante. "Hija mia (la dijo aquella buena madre) todo lo sé, pues aunque has sido tan incauta que nada me has dicho, yo que te quiero con el amor mas puro, lo he sabido todo, y he visto tambien tu heroica resistencia cuando el baron ha tratado de vencer tu virtud: sí, amada hija, escondida cuando hablabas con él todo lo he reparado; y si hubieses sido capaz de desmentir tus principios, la muerte se hubiera seguido á tu infamia; olvida, Clori, á un hombre que solo trata pervertir tu inocencia y mancillar tu honor para despues vanagloriarse de tu debilidad, y dejarte presa de una pasion violenta y pública deshonra, y ten presente, si yo falto, que los hombres solo aman hasta que consiguen el sacrificio de sus amadas, y que despues las desprecian, olvidando que su malvada persuasion fue el calor destructor que desfloró aquella ajada rosa." Estas máximas, dictadas por el cariño de una madre cuidadosa, elevaron el alma de Clori, y consintió de escribir una carta á Carlos desprecián-

dole; pero á pesar de todo, cada letra que formaba la borraba con sus lágrimas, y al acabarla, la idea de que no le volvería á ver la causó tal consternacion, que cayó de la silla agoviada de su dolor.

La Marquesa procuró volverla á la vida, y maldiciendo al baron de Corlebungk su causante, consoló á su hija lo mejor que pudo, y remitió la carta, con una posdata suya, en la que le decia: "que »no pusiese jamas los pies en una casa »que era desgraciada por su causa."

Carlos estaba en la cama cuando fue el criado de la Marquesa, y avisado de su misiva se apresuró á bestirse, y leyó la carta con precipitacion. ¡Cual fue su respuesta al enterarse del contenido! "Señor »Baron: he sabido la nueva pasion que vd. »ha tomado; mi pena ha sido estremada, »y he corrido á los brazos de una madre, donde he recibido el verdadero consuelo. Soy libre por mi parte, corresponded á esa deidad que os ha hecho »olvidar vuestro jaramento, y olvidad »á la que en vano querreis engañar con »vuestras falsas excusas, pues os aseguro que jamas corresponderé á un in-

»fame impostor. = Clori." Atónito pregunta por el criado que llevó la carta, pero ya se había marchado y nada puede preguntarle: concibe la idea de irse á arrojar á los pies de Clori, y confesarla su falta; jurándola una completa enmienda; pero la terrible posidata de la Marquesa le detiene; y ya no le queda ninguna esperanza.... ¡Qué terrible momento para su amante que ve huir por sus estravíos una fortuna física y moral...! A pesar de lo corrompido que estaba su corazón, las lágrimas cayeron en abundancia de sus ojos considerando los hechizos de su amada y el tesoro de virtudes que había perdido.

Julian; su amigo, vino á sacarle de su terrible abatimiento. "¿Qué tienes? tú »lloras; apresúrate amigo mío á participarme tu pena." Carlos le dió la carta, y este, despues que la leyó, se rió descaradamente; y le dijo; cesa de afligirte por está bagatela; efecto de un momento de furor femenil; manifiesta tu desprecio mas bien, que sentimiento á tan imprudente misiva, y cuando quieras te se volverá á rendir la plaza: yo conozco

mas que tú á las mugeres ; cuanto mas se las desprecia mas quieren. = Te engañas amigo , respondió tristemente Carlos ; Clori es virtuosa , y no tiene nada de comun con esas de quien tú habrás sacado tus esperiencias : ella me olvidará... = Y qué te importa , ¿ no tienes á Alejandra ? Sus fortunas son diferentes , es verdad , pero las bellezas de esta son superiores , y tú tienes bastantes riquezas para ansiar mas. = Sí , pero Alejandra no es tan virtuosa , dijo para sí Carlos : ¿ cuán diferente es el amor que se profesa á una muger honesta , del que se tiene á la que debilita en lo mas sagrado del pudor ! La primera es amada por lo que de ella se espera religiosamente , y la segunda por lo que se posee criminalmente... Julian consoló á su amigo , prometiéndole un ilusorio porvenir , y le condujo á casa de Alejandra , donde les esperaban para ir á una funcion campestre , dispuesta para todo el dia.

Alejandra notó la tristeza de su amante , y preguntándole la causa , él lo achacó á un fuerte dolor de cabeza , que le atormentaba. Los atractivos de aquella,

y acciones nada limpias que con ella usaba, le distrajeron algun poco, durante el dia; pero un coche que acertó á parar á la puerta del jardin donde estaban llamó su atencion para causarle un gran dolor. La Marquesa para distraer á su hija la condujo á la posesion aquella, propiedad del general Banglai; Carlos al verlas se puso tan descolorido que asustó á todos los concurrentes, y particularmente á Alejandra, que tomándole por la mano, y pasándosela por la cara, le preguntaba con cariñosas palabras si se ponía malo. A la vista de semejante escena la sensible Clori dió un agudo grito; y volvió la cara como asustada de una espantosa vision, acelerando el paso con su madre, para llegar cuanto antes al palacio del jardin. Allí desplegó su dolor, y en los brazos de la Marquesa derramó abundantísimas lágrimas. Todos quedaron absortos al ver la impresion que hizo en Carlos la entrada de aquella joven, y el grito penetrante de ella, que hizo concebir en Alejandra unos rabiosos celos. Un criado del castillo que pasó corriendo por alli para llamar al la-

cayó de la Marquesa, les informó que la señorita que acababa de entrar se había puesto repentinamente muy mala, y que iba á mandar entrar el coche hasta la puerta del palacio por orden de su señora. Unos por compasion, otros por curiosidad, y Alejandra por descubrir el campo de sus nacientes sospechas, todos se dirigieron á la habitacion donde estaba la Marquesa, que les dijo disimulando su furor, que era un pequeño accidente que solia dar á su hija. Esta al volver, pronunció las palabras de temerario... falso... y Cárlos; y al levantar la vista ácia sus espectadores, conoció á la que le robaba su felicidad, que estaba á su lado: entonces, volvió á cubrir su rostro, y rogó á su madre apresurase su ida de un lugar tan penoso para ella. La Marquesa tomó por la mano á Clori, que echó apresuradamente el velo sobre su rostro, y dando un ligero y frio saludo á todos, entró en su coche, y mandó á su cochero saliese á escape de aquel lugar,

Castelfort quedó solo con su amigo, que procuró consolarle, y á la ida del coche que llevaba su amada prenda es-

clamó: "oh Dios, ella me ama aun, y yo ¿podré olvidarla...? La vuelta de la comparsa le hizo volver en sí y enjugar su frio sudor, pero en vano intentó manifestar alegría. Alejandra no tenia ya aquel semblante halagüeño y risueño que antes, y sus ojos brillaban con las cristalinas aguas del furor. La noche que se acercaba, finalizó la campestre funcion, y todos alegres, menos los dos amantes que estaban taciturnos por diferentes motivos, subieron á los carruages, y se dirigieron á la ciudad. Luego que Alejandra estuvo sola con su amante le dijo con tono serio, y con lágrimas de rabia: "In-
 »fame, otra muger se lleva tus atencio-
 »nes, y á mí me estas engañando: en
 »vano procurarás disculparte, yo he vis-
 »to tu turbacion y la suya, y he oido por
 »su misma boca tu nombre. = ¿Cómo,
 qué dices? replicó inadvertidamente Car-
 los, ¿ella me ha nombrado...! ¡Oh Dios,
 ella me ha nombrado...! Pronunció con
 tanto sentimiento estas palabras nuestro
 héroe, que no dejó nada que dudar á
 Alejandra, y hecha una furia, rasgan-
 do sus vestidos exclamó: "Pérfido, ¿y

»para esto has procurado seducirme?
 »¿para que me pese te he acariciado? No,
 »no, Baron, nunca obtendrás la mano de
 »una muger que aborrezco por habermie
 »robado tu amor; te lo juro, sí, sola la
 »muerte te romperá los lazos que te unen
 »á mí por un delito tan horrendo en que
 »me has precipitado.” El Baron procuró
 apaciguarla como pudo, y á la vista
 de su hermosura, que resaltaba mas y
 mas con su furor, la contó sus anteriores
 amores con Clori, la dió su última
 carta, y la juró ser eternamente suyo.
 “En vano tratas engañarme por mas tiempo,
 »dijo haciendo pedazos la carta, y
 »arrojandolos á la lumbre, quiero que
 »te cases al momento conmigo; pues si
 »cuando has obtenido mis favores eras
 »un pérfido que me vendías en el mismo
 »dia, y tal vez en la misma hora, ¿qué
 »debo yo esperar de ti en lo sucesivo?
 »Decídetes: ó á darme la mano, ó á esperimentar
 la indignacion de mis celos.” Carlos atur-
 dido la prometió que haria cuanto ella
 quisiese, y mas sosegada, acumuló otro
 pecado á los anteriores.

¿Qué triste situacion la del baron de

Clandefort cuando se halló solo en su casa...! Alejandra le obligaba á un precipitado himeneo, que habia de ser desgraciado mientras existiese Clori. A esta la adoraba cada vez mas , y la hallaba en todo superior á la altanera viuda , que tal vez solo querria su título mas que su persona. Su imaginacion estaba inquieta , y sus órganos sufrieron tanto en sus debates , que se apoderó de él una peligrosa enfermedad que le duró mas de tres meses, la mayor parte de peligro. Su amigo Julian , que no ignoraba de donde provenian sus dolencias , le cuidó con todo esmero é impidió á Alejandra el verle hasta que estuvo algo restablecido.

El primer día que se levantó Carlos vió á su viuda que le prodigó las mas amorosas caricias; pero estas en vez de aliviarle le apesadumbraron mas , pues le hacian retroceder á su primer origen. Sano ya de su cuerpo , y mas enfermo del alma que nunca , procuró olvidar su primera pasion en las distracciones y en los brazos de Alejandra , pero buscaba en vano su felicidad , y ya no era aquel joven hermoso y alegre que hacia

la admiracion de las damas, sino un semi-esqueleto triste, que daba compasion á todos sus amigos y conocidos.

La repentina muerte de la Marquesa de Colquiberg se publicó por la ciudad, y llegó á los oídos del sensible Baron. "Oh Dios, prorumpió, ¿qué será ahora »de mi amada Clori? ¿Quién la consolará en tan agudo dolor?" Noticiosa de ella Alejandra, obligó á su amante con nuevos juramentos á serla fiel, y le hizo firmar una obligacion de ser su esposo, temerosa de algun nuevo balance de su fortuna.

Carlos trata en vano el reprimir sus deseos, é impelido por una fuerza sobrenatural, se dirigió á la casa de la difunta Marquesa. Estaba esta de cuerpo presente todavía en una de las habitaciones de su casa, y á su vista derramó muchas lágrimas, y la contempló por mas de una hora de pie. Un criado notició á su señorita, que en un gabinete encerrada no se dejaba ver de nadie, la permanencia del Baron en casa. "Cómo, dijo la llorosa »Clori saliendo de su gabinete, ¿dónde está? — A vuestros pies amable muger,

respondió arrodillándose Carlos, sí, á vuestros pies resignado á sufrir cuanto vuestro justo enojo os dicte. = Qué, ¿venis á insultar los restos de una madre querida, y el dolor de su infeliz hija con vuestra presencia? Huid por Dios de esta casa, y no aumenteis mi afliccion. = Tened compasion del mas afligido de los hombres; no procuro que me volvais á vuestra gracia, pero concededme que tribute mis respetos y acompañe con mis lágrimas hasta el sepulcro á la mejor de las amigas... = Don Carlos, por Dios, marchaos, no turbeis... marchaos... y cerró la puerta de su retiro.

El Baron penetrado de amor y sentimiento, se fue á la estancia donde yacía la marquesa, oró por ella, y cuando la llevaron al panteon de sus antepasados, la acompañó públicamente con admiracion de todos sus amigos, y no permitió retirarse hasta que se puso la losa que habia de guardar por una eternidad los restos de una muger virtuosa. Asistió á los funerales, y fué en union de los amigos de la Marquesa á dar el pésame á su hija, cuyas lágrimas y ne-

gras vestiduras hacian sobresalir su incomparable belleza.

Sabedora Alejandra de todo esto, llamó á Carlos; y luego que estuvo en su presencia, le manifestó con furor que no tenia que volver á casa de la difunta Marquesa, si no queria sufrir su indignacion: él penetrado de un secreto dolor, y con una entereza desconocida en su caracter, la respondió que estaba determinado á visitar á la nueva Marquesa, á lo menos hasta que cumpliese el novenario. “¡Qué dices, temerario! ¿te deslumbra ya sus herencias tanto como sus gracias? anda, ves á rendir á sus plantas en homenaje mi desesperacion; pero ten presente que gozarás poco de sus brazos.” Muchos medios y súplicas hizo Carlos para apaciguar á su amada, pero esta se transformó en fiera, y pegaba como tal agudos rugidos que atemorizaron á este débil hombre.

Desengañado nuestro héroe de que aquella muger era un tigre que le devoraria al menor descuido, salió de su casa, resuelto á huir de ella, y conquistar otra vez con sus finezas aquel co-

razon que habia perdido por su inconstancia. Siguió visitando á Clori, llamada ya marquesa de Colkiberg; y un dia en que la halló sola la habló en los siguientes términos: "Amada mia, dignaos echar »sobre mí una benigna mirada, sed clemente con un ofensor que está sumamente arrepentido de los ultrajes que »os ha hecho; conozco mi error, mi falsedad, y en fin, mi infamia; pero me »pesa, y os suplico me trateis con los »mayores desprecios, á que me he hecho »acreedor, con tal que me mostreis vuestra bondad con un rasgo de beneficencia." Clori jamas ha aborrecido á Carlos, y á una confesion tan expresiva como verdadera, está al punto de hacerle concebir alguna esperanza; pero la memoria de su madre, y una de sus terribles sentencias la detuvieron por aquel instante. El Baron insistió, y tomando una de sus manos, que regó con sus lágrimas: "Piedad, bella Clori, piedad en nombre de nuestra amada y difunta madre..."= ¿Qué pronuncias, sacrilego? esa madre te amaba y tu has contribuido sin duda á su prematura muerte, sí,

ella te estaba nombrando á cada paso, y al tiempo de morir me dijo : “ hija mia, »muero llena de pesar, porque preveo »has de tener un trágico fin.” = ¡ Ah, madre mia...! Cesad por Dios de afligiros, y perdonadme, para que lloremos juntos su desgracia. Al fin de muchas súplicas cedió la defensa débil de Clori, y concedió á su amante su antiguo amor siempre que se encaminase á virtuosos fines.

La rabia y furor de Alejandra se aumentó con la nueva conducta de su amante ; pero queriendo ver si podia con sus caricias atraerle , antes que pasar á ejecutar ninguna clase de venganza , inventó medios de complacerle , y le concedió sus favores con nuevos alicientes. Ya tenemos á nuestro héroe otra vez jugando un mismo papel á un tiempo en diferentes teatros : cuando reflexionaba con cordura , su memoria estaba en Clori , y cuando en la voluptad preferia á Alejandra , de suerte que por su inconstancia padecia terribles tormentos , que debilitaban su espíritu y su salud. Cuando Alejandra le obligaba á salir lo verificaba por sitios solitarios , diciéndola que

entre las grandes concurrencias no podia manifestarla sus amores; y cuando salia con la Marquesa se echaba de tal suerte en el coche que nadie le podia ver, achacándolo á un fuerte dolor de cabeza ó de algun lado.

No se ocultaba á la diestra penetracion de la viuda nada de la conducta de su amante; pero se contentaba en manifestarlo con lloros é indirectas, tratando ganarle por docilidad y paciencia. En este estado estuvieron los tres hasta el año de la muerte de la Marquesa, en el cual su hija obligó á Carlos á tomar el giro de sus intereses, y á fijar el tiempo de su enlace, y aunque él procuró dilatarle para gozar mas tiempo de Alejandra, no tuvo mas remedio que señalar el mes mas próximo. La nueva Marquesa calculó que seria mas feliz fuera de la corte que en ella, por lo cual determinó que saliesen á habitar en una quinta que tenian á seis leguas de Viena, y que en ella se celebrarían sus desposorios, sin estrépito ni etiqueta. Carlos, no pudiendo menos de obedecer, se dirigió á la casa de su amada Alejandra, y la dijo que á efecto de

lograr á la Marquesa , y engañándola vengarse de sus ofensas , casándose con esta , la seguiria á la quinta unos dias , y luego volaria á sus brazos. Supo fingir tambien con promesas , lloros , y un nuevo papel de obligacion , que Alejandra , sin embargo de su desconfianza , le creyó , y dejó partir , bajo la firme inteligencia , de que si la hacia traicion se vengaria de un modo horrible. Sin embargo de toda su conviccion , ganó la codicia de uno de los criados de la Marquesa , para que la noticiase cuanto pasase en el castillo , y con semejante recurso , no terminó ser sorprendida.

La intencion de Carlos , acostumbrado ya á inconstancia , y alentado por su amigo Julian (que le acompañó á la quinta) era la de casarse secretamente con la Marquesa , y gozar todo el tiempo que pudiese de la ignorancia de Alejandra , por lo que á fin de mejor ejecutar sus planes , consiguió de su futura esposa , el dirigirse en vez de su quinta á otra que él tenia en las cercanías de Ratisbona (57). La Marquesa , mirándole como á su esposo , no vaciló , y siguió á la Babiera á un

objeto adorado. Esta mutación de escena la supo Alejandra por su intrigante Mercurio, y empezó á temer algun siniestro fin, pero estaba tan obcecada en su amor, que la parecia imposible que la vendiese el que la habia jurado con lágrimas su fidelidad. El castillo de Carlos era el que daba origen á la familia de los barones de Corlebungk, una de las mas antiguas casas de Austria, por cuyo motivo, y por los muchos años que hacia no habia sido habitada, estaba casi arruinado, y presentaba una ruिनosa figura; el campo que le circundaba era árido, y únicamente hacia soportable su permanencia un jardinito que el aposentador habia tenido cuidado de cultivar. Manifestó la Marquesa disgusto á vivir en aquel sitio tan tenebroso como solitario, pero se apaciguó con la promesa que la hizo el varon, de que luego que un nudo santo los uniese, pasarian, bien á su quinta, ó á cualquiera de sus estados que fuese mas alegre, pues queria celebrar alli su matrimonio, á la presencia de las cenizas de sus respetables ascendientes.

A los dos dias de su estancia en el cas-

tillo recibió una nueva alegre, pues se le noticiaba que habia ganado el pleito de la testamentaria de su madre, por lo que podia cuando quisiese tomar posesion del ducado de Gicollg; quiso marchar al instante á la corte, pero Clori no lo permitió sin que quedasen casados. Reparando lo imposible que era ya el ir á disfrutar de Alejandra, y que estaba señalada la próxima semana para su enlace, la escribió una carta muy amorosa, diciéndola, que luego, luego iba á correr á sus brazos y á unirla al escudo de sus vencedoras armas; pero esta carta, escrita con intencion de quitar á su amada toda sospecha, fue el fundamento de su desgracia, pues la entregó al confidente secreto de Alejandra, que voló á Viena y la contó todos los preparativos que se estaban haciendo para los desposorios de su señora con Carlos. Una furia salida del reino de Pluton (38) no podria compararse con esta celosa muger; veia por la carta el engaño y perfidia de su amante cuando estaba proyectando el llevar á su lecho á su enemiga... En semejante ocasion no hay duda de que la

razon estaba de su parte; y que toda venganza parecia corta. Una terrible idea se la vino repentinamente á la imaginacion, y seduciendo con su oro á Clodanvert, (nombre del criado) logró de él que la llevase al castillo, y la introdujese en cualquiera habitación, á efecto de impedir un enlace tan odioso.

Caminaron estos dos satélites, conductores de la desgracia, ácia Ratisbona: la primera provista de un afilado puñal, y jurando una venganza atroz si no abandonaba el Baron á la Marquesa, y su compañero temeroso de un infausto suceso, que le hiciera aborrecer el oro que por ello habia recibido. Cerca del castillo habia una casa de unos labradores, colonos del Baron, y en ella dejó Clodanvert á Alejandra con la protesta de introducir la por la noche en el castillo, y se dirigió á la vista de su señor, quien ansioso le preguntó lo que le habia dicho Alejandra, y este le fingió una fábula que le agradó y obligó á recompensarle. Por cierto accidente que nada interesa, se dispuso para el dia siguiente la boda, y todos los aldeanos de las cercanías, sabedo-

res del suceso , preparaban sus galas , y tegian arcos y coronas de flores para adornar los alrededores del castillo , y danzar en alegría de la feliz union. En la casa donde quedó Alejandra se estaban justamente ensayando los danzantes , y supo de aquellas buenas gentes el objeto de sus preparativos. Entró rabiosa en el cuartito que se la destinó , y sacando el puñal que llevaba en el seno , prorumpió con tanta resolucion y valor como la hermosa Judith (59). “ Monstruo , tú no gustarás un momento de los placeres del Ilimenco ; tu cabeza rodará esta misma noche sobre el mismo pavimento donde se habia de celebrar tu perfidia.... Infeliz , mas te valiera haber muerto en tu infancia , que no sufrir el furor de una muger celosa y ultrajada ; ¿ por qué , bárbaro , has intentado seducir mi virtud , y precipitar en el abismo del dios de las sombras mi debilidad ? Y tú , ¿ oh infame muger ! que me has robado mi dicha , esperas en vano apagar la sed de tus deseos , pues este acero se introducirá muchas veces en el seno de tus hechizos ; pero ¿ oh Dios , hasta don-

»de me lleva mi furor! ella no es culpa-
 »ble, el traidor la ha seducido como á
 »mí, y habrá corrompido su inocencia:
 »perdona, desgraciada Clori, él solo mo-
 »rirá, él solo merece mi indignacion y
 »justa venganza; ruede su cabeza á mi
 »vista, beba yo su sangre, y despues ba-
 »jaré al sepulcro contenta y gozosa de
 »mi triunfo. Pero... qué, ¿seré capaz de
 »verter una sangre tan amada? ¿veré
 »pálido y desfigurado aquel rostro en-
 »cantador, que hacia las delicias de mi
 »vida? ¿sufriré sus últimas miradas con
 »resignacion sin poseerme de un horror
 »espantoso...? No, no es posible, añadió
 »tan amante como Porcia (60), viva el
 »malvado; sí, á sus ojos y á los de su
 »amada muera yo, y con esto haré su
 »vida enteramente desdichada: ya está
 »decidido: ¡oh puñal suicida! esta tu
 »punta bien pronto visitará mi afligido
 »corazon, péntrale bien, y evítame re-
 »pentinamente un dolor inferior al que
 »experimento... Pero si dejase en el mun-
 »do al traidor y á su cómplice, mi muerte
 »seria sin duda hollada: ¿no se sonreirian
 »alguna dia á mi recuerdo comparado con

»su felicidad? ¿no gustarian de sus caricias, olvidando mi desesperacion? no
 »hay duda, pues quitémosle toda alegría,
 »y ya que mi brazo no pueda tranquilizarlo
 »lo traspasar el corazon de un vil inconsciente,
 »baje ella conmigo al reino de la oscuridad,
 »y que la justicia divina y humana pida cuentas severas,
 »y castigue al causante de tantas víctimas.” Estas fueron las diversas ideas que combatian en el furor de una muger ultrajada; y no pudiendo desechar ninguna, siguió á Clodanvert, que la fue á buscar al castillo, el cual la introdujo en una pieza inmediata al aposento de la Marquesa, desde el cual podia oir cuanto hablaban.

Estaban los futuros esposos sentados el uno junto al otro, y hablando sobre la felicidad de su union; pero tan halagüeña conversacion era interrumpida por suspiros de Clori que decia: “querido Carlos, te adoro, deseo nuestro enlace, pero
 »no puedo menos de ahogar mi alegría con aquellas terribles palabras de mi madre al tiempo de morir: hija mia, muere
 »ro llena de pesar porque preveo has de

»tener un trágico fin.” Alejandra tembló al ver como aquella se profetizaba su suerte, y escuchó la respuesta del Baron: = Amada mia, ¿qué tienes ya que temer? ¿no soy tu esposo? ¿no te amo con la pasión mas viva? deja por Dios tan terribles recuerdos, y piensa solo en tu futura suerte. Julian interrumpió la conversacion de los dos amantes, diciéndoles que todos los criados, escepto el portero, habian salido á traer todos los preparativos para el siguiente dia, y que era de parecer se retirasen, pues ya era tarde, y habia que levantarse temprano. Salió el baron con su amigo, diciendo á la Marquesa que volvía al instante, y al pasar por la habitacion del escondite de Alejandra, oyó esta que dijo aquel. “Solo la memoria de la pobre Alejandra es lo que »aciaga algun tanto mi felicidad; pero to- »davía me consuela el que no lo sabrá »tan pronto, y podré gozar de sus encantos.” Al punto de salir estuvo aquella furiosa Tisifone (61); pero guardando para otra ocasion su venganza, se contentó con pronunciar para sí: “Malvado, »solo gozarás de mi vista cárdena y de

»la sangre de tu segunda víctima.»

El relox del castillo daba con lúgubre sonido las once, y á esta hora fatal fué á la que entró el Baron en el aposento de su amada Clori. Estaba esta profundamente dormida sobre un camapé de terciopelo verde, y su hermosa figura resaltaba con las gracias de la inocencia. Mil veces tuvo Alejandra intenciones de ir á interrumpir su sueño temporal para sumergirla en el eterno, pero esperanzada de que á su vista la prefiriese Carlos, y se podría evitar una cruel catástrofe, detuvo su impetuoso brazo. Un amoroso ósculo que dió el baron á Clori, y que despedazó el corazon de Alejandra, la despertó. ¿Vida mia, duermes? Sí, y me has interrumpido un sueño feliz, pues estaba rodeada de ángeles que me conducian al cielo con una palma, y coronada de rosas. = Yo, bien mio, mañana acabaré de coronar tus sienes con las rosas de mis amores.... El Baron quiso adelantarse con atrevida mano hácia su amada, pero ella le reprendió ásperamente, diciéndole que aun el velo conyugal no los habia cubierto, y que hasta entonces se mantendria

defensora de su virtud y honestidad. Esta accion tan virtuosa fue una saeta que hirió terriblemente á Alejandra, que despreciando las leyes del pudor, se habia quizá hecho aborrecer debidamente por su delito.

Entre la cariñosa conversacion, Clori nombró á Alejandra diciendo: "Cruel, por »tu inconstancia ¿cómo estará aquella »infeliz? = ¿Qué me importa á mí de ella, respondió, yo jamas le he manifestado amor, y siempre he aborrecido su descarado atrevimiento. A estas palabras ya no pudo sufrir Alejandra, y sacando el puñal de su seno, con el pelo tendido, pechos medio desnudos, rostro encendido, furibundos ojos, y en fin, echando espumarajo por la boca con todas las señales de Megere y Alecton (62), y con la decision de la implacable Nemesis (63) salió de su escondite, y presentándose en medio del aposento gritó: "temblad, tem- »blad..." Clori la conoció, y asustada cayó desmayada sobre el sofá, y Carlos corriendo á favorecerla prorumpió dando gritos, llamando á su amigo Julian. "fin »vano clamor, todo está cerrado y nadie,

»nadie en el mundo podrá librarte de mi
 »venganza (asi era, pues ella cerró antes
 »la puerta); ¿ves traidor á lo que han ve-
 »nido á parar tus perfidias? ¿en qué te
 »puedes gozar? ¿pensabas que mi senten-
 »cia seria efecto de solo una amenaza
 »sin egecucion? No, la muerte estende-
 »rá bien pronto su lúgubre manto sobre
 »el altar de tus glorias. ¿Qué escena po-
 »dria compararse en lo terrible á esta. El
 Baron con una mano sostenia á Clori, y
 con la otra tenia asida una silla como es-
 cudo de su defensa, y Alejandra hacien-
 do brillar su puñal guardaba una pos-
 tura amenazadora que aterraba. Un gran-
 de silencio imponente por la lúgubre voz
 de Clori, que iba volviendo, y por la
 amortiguada luz de las velas, que parecia
 anunciaban la cercania de la Parca Atro-
 pos (64) en aquella habitacion, resonó
 por algun tiempo, pero fué interrumpi-
 do por el Baron: "amada mia, Clori,
 »vuelve, tu amante te adora, y verterá
 »su sangre toda en tu defensa. —Malva-
 do, qué pronuncias, tu vista verá las ago-
 nias de tu víctima, sí; ó te decides á
 abandonarla, ó en este instante voy á re-

gar con su sangre este templo. = Alejandra, por Dios compadécete, yo te juro... = No, traidor, tus juramentos son falsos, y morirás si no te decides. El Baron se arrojó á las rodillas de aquella desesperada, y la suplicó que le perdonase, pues no podía amar á otra que á Clori. Alejandra va á clavar el puñal en aquel infame pecho, pero penetrada de un amor desesperado se deshace de él, y apresuradamente se dirige á la desdichada Marquesa, á quien clavó dos veces su homicida acero, transportando su alma á la mansión de las víctimas justas. "Madre mía, »se cumplió tu profecía..." fueron las últimas palabras que profirió. Aterrado Carlos huye precipitadamente ácia la cerrada puerta, la abre, y su amigo Julian, que llamaba con grandes golpes, entró con un sable desenvainado: Alejandra se presenta furiosa á los dos amigos que se dirigen ácia ella, y les dice: detened vuestras homicidas armas, mi mano está destinada á poner fin á mi existencia. Mira, malvado, recreáte en los cuadros de tu maldad, y teme las fantasmas de tus remordimientos, y á la implacable The-

mis (65), á quien pido eterna venganza. A Dios, á Dios, hasta que te vea en el reino de Pluton acosado de tus remordimientos : esto dijo, y sumergiéndose con furor el puñal en su pecho, cayó nadando en su sangre, y en la de la hermosa Clori.

¡O que teatro, gran Dios! dos bellezas cubiertas de púrpura, navegando en un rio de humeante sangre...! El Baron y su amigo se horrorizan, y en vano procuran hallar medio de esconder las consecuencias de una criminal inconstancia. Sus pies se iban empapando del cálido licor, que brotaba de las heridas venas, haciendo un ruido como cuando cuece una olla puesta al fuego. En tan terrible conflicto Julian manifestó al Baron que el mejor medio de ocultar aquel funesto suceso es el de enterrar los cadáveres en el jardin, y lavar la sangre de la habitacion, los criados no estan en casa, le dijo, y en menos de dos horas podemos hacer esta operacion.

El Baron consintió en ello, y atando con una maroma que subió Julian, el cuerpo de la desgraciada Clori, y despues

el de Alejandra, los bajaron al Jardin, colgando por una ventana del sangriento aposento. Bajaron, y con azada y pico empezaron á hacer un hoyo; pero reparando que era obra larga, determinaron echar los cadáveres al pozo, y lo ejecutaron; despues subieron á la habitacion, y con cubos de agua que sacaron del pozo lavaron el pavimento, y á su parecer quedó oculto en un instante tan horrible suceso. ¡ Cuantas lágrimas costaron á Carlos todas las escenas pasadas...! Su corazon se despedazaba de dolor, y ya las fantasmas guiadas por la ofendida Astrea, se collocaban á cada instante á su vista.

Al amanecer todos los aldeanos y pastoras danzaban, celebrando la salida del sol en un dia en que habian de gozar de tanto placer. El Baron se affligió á este recuerdo, y no sabiendo qué excusa dar para retirar á aquella gente, y qué fabula fingir á sus criados, voló á encontrar á su amigo Julian para que le dijese lo que habia de hacer, pero le encontró en la mitad del camino que venia corriendo como si huyese de algun asesino.

“ Amigo, somos perdidos, todo se ha des-

»cubierto, huyamos...= ¿Pues qué hay, dime, qué hay? dijo temblando el Barón.= Tus criados y todos los colonos estan considerando las paredes del castillo por donde hemos bajado los cadáveres que están manchadas de sangre, asi como el jardin y brocal del pozo; yo me voy amigo, tú solo has sido el culpable, y yo no he de pagar por ti.

Carlos aterrorizado y ofendido por el abandono de su infiel amigo, corre á su cama, coge las pistolas, y con una levantó la tapa de los sesos á Julian, que cayó maldiciendo su suerte, y con la otra se tiró á sí mismo, pero no acertó el tiro, y le hirió la bala ligeramente. A los tiros acudieron todos los criados, y se horrorizaron del estrago, y mucho mas de las espresiones de su señor que decia: "matadme, matadme, yo he cometido tres muertes esta noche; sí, quitadme esas fantasmas que me devoran; por Dios, criados míos, alejad esas fieras.

La justicia de Ratisbona acudió al instante al castillo de Colenbourgk, y descubriendo toda la sangrienta escena, sacó del pozo las desgraciadas víctimas, que

fueron al instante reconocidas.

Clodanvert, temeroso de algun fracaso, huyó, pero fue preso por sus compañeros, y confesó todo cuanto sabia.

Informado el Emperador y tribunal superior de tal desastre, mandaron conducir al Baron á Viena para finalizar la causa, en la que se falló sentencia de muerte en el mismo lugar, teatro de su delito.

¿Cuántas congojas pasó este desgraciado antes de su muerte? La furiosa Themis se presentaba á su vista, amenazándole con su espada vengadora en una mano, y presentándole con la otra las cabezas de la Marquesa y Alejandra, y al mismo tiempo el desfigurado y cárdeno cuerpo de su amigo. Pedía la muerte á grandes gritos, y cuando la obtuvo quedó tan desfigurado que horrorizó á todos sus espectadores.

Los cuerpos de las víctimas fueron sepultados en un mausoleo que se hizo en el jardín del castillo por orden del gobierno, y el suyo poco distante fue tambien el objeto de la curiosidad de los viajeros.

El palacio fue demolido por los vecinos , pues decian que todas las noches á las once se oían gritos lastimeros , y se veía una sombra que con una linterna bajaba por la ventana del cuarto sangriento , y se metía en el pozo.

Este fué el fin que tuvo un hombre inconstante , que desobedeció el precepto del Eterno desde el principio de los siglos.



CONCLUSION DEL AUTOR.



Concluido mi trabajo, solo me resta el aclarar por algunas reflexiones apologéticas esta *Galeria Fúnebre*, triste monumento compuesto de crímenes y de maldades que afligen á la humanidad. Dichoso yo, si por mis ficciones y mis fantasmas, he inspirado en el corazon de los mortales inclinados al mal, el saludable terror que debe detenerlos á los bordes del abismo; demasiado dichoso, vuelvo á repetir, si mis sômbbras sangrientas, sacudiendo sus lúgubres crespones en la espantada imaginacion de mis lectores, pueden ocupar el lugar de las intenciones morales que me las han inspirado, pues este ha sido el único fin que constantemente he tenido por guia en el seno de mis prodigios, prestigios y encantamientos; y si el artificio en estas apologías fabulosas algunas veces no ha secundado mi objeto, me atrevo á li-

songearme al menos, que la crítica depoudrá su severidad, considerando los motivos que me han dirigido á la formacion de esta obra. ¿Quien podria contestarme que todos los medios no son buenos desde el instante, que tienden á purificar las costumbres, á representar el crimen bajo los mas odiosos colores, y á preservar las almas débiles de sus seducciones? En defecto de los buenos principios, ¿el supersticioso y el ignorante no se espantaran á la lectura de mis alegorías acusadoras? ¿El incestuoso, el impostor, el asesino, el parricida, y en fin, todo hombre culpable, cualquiera que sea su delito, recorrerá mis cabernas, mis subterráneos espantosos, y mis guaridas asesinas, sin agotar hasta las heces la copa de los remordimientos? Desde este piadoso sentimiento al arrepentimiento no hay frecuentemente mas que un paso, y el criminal puede aun refugiarse en el seno misericordioso de la divinidad. Los mas preciosos frutos pueden nacer bajo el talisman de mi falsa magia, y por mis imposturas maravillosas espero alcanzar tanto, cuanto es de esperar de las medita-

ciones de la mas seria jurisprudencia. Acordándose el lector de mi introduccion , me hará quizá observar , que parece no he tenido otro designio que el de producir las fuertes emociones del terror , y hacer resultar el placer del espanto : confieso que este punto ha sido justamente el objeto de mi ambicion literaria , y se me criticaria sobre esto porque hubiese pretendido con pluma hechicera causar miedo á todo lo bueno? No , yo quiero creerlo al contrario ; que se dignará tener en consideracion de los lances gigantescos ; que en calidad de préstamo he pedido algunas veces á la célebre Radecif para atemorizar al caminante por mis selvas y bóvedas tenebrosas , en mis aislados castillos y en mis largas galerias , sembradas de lívidos y sangrientos cadáveres... y por poco que se medite sobre mi teatro , compuesto de efimeros vapores , me persuado que producirá ilusiones , que yo me he prometido solo bajo el sencillo relato de la diversion.

Sin embargo , volviendo á la idea que solicita siempre en secreto , el autor mas

modesto, confieso ingenuamente, que me sería mucho mas lisongero, en esta circunstancia, ceñir la oriental diadema de las "Mil y una noches" que no el que se me concediese el cetro de plomo del melodrama enfático. No pretendo disimular que mi vanidad se lisongearia mas al ver mis sombras caminar á la par de la nona sangrienta; pero supuesto que esta esperanza está prohibida á mi debil talento, y que muchos en inspiraciones elevadas hasta las fases del astro de la noche han, hace mucho tiempo, recorrido con gloria la carrera del Disco Argentado, ó sea la lámpara nocturna, sometámonos á nuestra suerte, que apenas nos ha permitido espigar, por decirlo así, algunos cipreses en este inmenso jardín esmaltado de estrellas; siguiendo la metáfora del ilustre cantor de la noche, del inmortal Young. Bajo estas razones, el solo y último voto que he formado, jugando mis sombras, ha sido, que el lector de cierta edad, haya siempre vuelto la hoja con un sentimiento de curiosidad, que la joven que goce aun de las dichas ilusiones de la juventud, haya espe-

rimentado un miedo espantoso por el vicio; y en fin , que los buenos hayan tomado de buena fe mis quimeras por realidades.

FIN DEL TOMO PRIMERO.



Lea se embarazó a los
en la noche del martes
18 de Septiembre del 1945

La
Señalada

Formado: M. R. Valdelosar.

Malaga 22-Marzo. 1947
mi hermana esta mala
 lleva 10 meses
habado

M. Valdelosar





